

# Lituania philosophica

De Kant a Lévinas

Edición de Jurate Rosales

Nexofia



la torre del Virrey

# LITUANIA PHILOSOFICA

DE KANT A LÉVINAS

Edición de Jurate Rosales

Traducciones de  
Jurate Rosales y Venancio Andreu Baldo

Nexofia



la torre del Virrey

Edita: Ajuntament de l'Eliana, 2012

NEXOFÍA, LIBROS ELECTRÓNICOS DE LA TORRE DEL VIRREY,  
colección dirigida por Antonio Lastra

Apartado de Correos 255  
46183 l'Eliana (Valencia), España

<<http://www.latorredelvirrey.es>>  
<[info@latorredelvirrey.es](mailto:info@latorredelvirrey.es)>

Diseño: Patraix Lingua  
<<http://www.patraixlingua.webgarden.es>>

Maquetación: Adolfo Llopis Ibáñez

ISBN 13: 978-84-695-0793-3

## ÍNDICE

Página

- |  |    |
|--|----|
| <b>1. Jurate Rosales</b><br>La influencia del idioma lituano en<br>Kant y Lévinas  | 6  |
| <b>2. Christian Gottlieb Mielcke,<br/>Daniel Jenisch y<br/>Christoph Friedrich Heilsberg</b><br>Prólogos al Diccionario lituano-alemán y<br>alemán-lituano | 30 |
| <b>3. Immanuel Kant</b><br>Epílogo de un amigo<br>(1800)   | 47 |
| <b>4. Emmanuel Lévinas</b><br>El concepto de espiritualidad en la<br>cultura francesa y alemana<br>(1933)  | 49 |
| <b>5. Andrius Valevičius</b><br>Mi descubrimiento de Emmanuel Lévinas  | 50 |



1.

LA INFLUENCIA DEL IDIOMA LITUANO EN KANT Y LÉVINAS

**Jurate Rosales**

*La autora agradece la asistencia brindada desde Vilnius por la bibliógrafa Genovaitė Mačiūtė en materia de documentación proveniente de Lituania.*

Lituania, 1937. En la finca familiar donde venimos a pasar las vacaciones escolares, mi abuela, campesina si las hay, está atareada frente a un ancho telar y se dirige a mi mamá, recién llegada de París: *Prisėsk, Genut, pasikalbėsiva*. Con esas palabras, invita cariñosamente a su nuera a sentarse a su lado para platicar un ratito.

Difícilmente podía uno encontrar a dos personas de aspecto tan disímil, siendo mi madre una mujer de refinada elegancia parisina y mi abuela ataviada con la ancha, gruesa y larga falda de las mujeres que trabajan de sol a sol en una finca. Eran grandes amigas, unidas por el amor a mi padre y por una cultura común. Diríamos que por una cultura inherente al idioma común.

¿Qué decía mi abuela? En tres palabras transmitía un universo de conceptos. *Sėsk* es “Siéntate”, pero el prefijo *pri-* en *prisėsk* junta las nociones de espacio y tiempo: in-

dica el movimiento de acercarse por un tiempo limitado. Significa que mamá tiene que acercarse para sentarse, pero que ese acercamiento será por un tiempo definido. *Genut* sería en otros idiomas el diminutivo de Genoveva, pero en este caso el sufijo *-ut* viene cargado de todo el peso de los antiguos cantos lituanos, donde los sufijos *-ut* o *-el* conllevan respeto, cariño, cercanía y vienen teñidos de la trascendencia implícita en las frases rituales. *Pasikalbèsiva* tiene en el centro el verbo hablar (su raíz es *kalb-* y su tiempo presente singular es *kalbu*, *kalbi*, *kalba*, yo hablo, tú hablas, él habla); mas aquí el verbo viene precedido del prefijo *pa-* que, unido a un nombre, significaría “al lado”, pero estando con un verbo representa una limitación del tiempo en que se llevará a cabo la acción. Significa que mamá tiene que acercarse, pero la conversación no será muy larga. El sufijo reflexivo *-si* refleja la intimidad de la plática. El verbo está en futuro y normalmente habría sido *kalbèsime* (hablaremos), pero mi abuela todavía utilizaba el número dual, hoy casi extinto, y decía *pasikalbèsiva*, lo que restringe la conversación a la intimidad de solo dos personas: abuela y mamá.

Bastaron tres palabras para transmitir ese complejo mensaje donde se entrelazan los conceptos de espacio, tiempo y cercanía humana: *Prisèsk*, *Genut*, *pasikalbèsiva*.

Hay dos filósofos que inauguraron una nueva era en el pensamiento humano y que los estudiosos acostumbran a comparar, a pesar del tiempo transcurrido entre sus respectivos planteamientos. Son Immanuel Kant y Emmanuel Lévinas. Además de compartir el nombre, los emparenta una muy particular visión de la percepción espacio y tiempo y una ética del individuo responsable de todos los demás seres humanos (Kant) o la ética del individuo responsable del “otro” ser humano (Lévinas).

Kant y Lévinas. Ambos estudiaron desde temprana edad uno de los más antiguos idiomas que posee la cultura judeo-cristiana: el hebreo. Ambos crecieron y se formaron en el ambiente del más antiguo idioma indoeuropeo vivo:

el lituano. ¿Resaltarían las dos lenguas por contraste o se complementarían por haber mantenido sus respectivas estructuras milenarias e imperecederas? Ignorando todo del hebreo, dejo las preguntas a los especialistas. En cambio, sabiendo algo del lituano, es tanta la coincidencia que observo entre la filosofía inherente a ese idioma y los conceptos emanados de Kant, con los que coincidió Lévinas para profundizarlos, que una vez lo mencioné de paso al director de *La Torre del Virrey*, el profesor Antonio Lastra, que no olvidó la mención e insistentemente me pedía que ampliara el tema para sus lectores.

Al iniciar este artículo, me sorprendía que algo que me parecía evidente, como era la influencia de la idiosincrasia de la lengua lituana en Kant y Lévinas, nunca hubiera sido tocado por los estudiosos. Me equivoqué: al hurgar entre los escritos de Emmanuel Lévinas, encontré que, en Canadá, el profesor de filosofía Andrius Valevičius, destacado analista del pensamiento de Lévinas, a quien conocí personalmente, había captado esa misma singularidad en la obra del filósofo. Al analizar un artículo que Lévinas escribió en idioma lituano a la edad de 27 años y que fue publicado en Kaunas en el año 1933, Valevičius observó: “Al leer este temprano artículo de Lévinas, me maravillaba ante la sencillez de su estilo, lo fácil que resultaba leer y entender. Cualquiera que haya leído a Lévinas en francés sabe que he tenido que sudar la gota gorda al intentar comprender su pensamiento. Tuve que concluir que a Lévinas le era mucho más complicado escribir en francés que en lituano. La complejidad del texto y el deconstructivismo etimológico son algunos de los elementos a los que debe su fama de filósofo. ¿Por qué? Uno de sus editores franceses me explicó en cierta ocasión que ese estilo de los escritos de Lévinas se debía a que era lituano. El francés —dijo— le es extraño. Lo masacra”.<sup>1</sup> El propio Lévinas siempre se refirió a Francia con amor y gratitud, llamándola un país *hospitalier*, guar-

---

1 E. LÉVINAS, *Dvasiškumo supratimas prancūzų ir vokiečių kultūroje*, Vairas, Kaunas, 1933. Véase A. VALEVIČIUS ‘*Emmanuelis Lévinas filosofas iš Lietuvos*’, en *Naujasis židinys*, 11 (1995), pp. 816-823.



dando, por tanto, intacta su situación de hospedado, no de integrado.

Por mi parte, quizás iría más lejos que el editor francés, porque cabría citar también los relatos de los allegados de Lévinas acerca del sufrimiento que evidenciaba cuando escribía, tachando, corrigiendo y desesperándose; pero prefiero remitir esa parte a quienes hayan sido sus testigos de excepción.

En este breve ensayo me limitaré a recorrer los hechos que me parecen importantes: las particularidades del idioma lituano que reflejan la idiosincrasia de un pueblo y a su vez impregnan el modo de pensar de quienes lo hablan; cuánto de ese idioma conoció Kant y cuánto de ese idioma conocía Lévinas.

**LAS PARTICULARIDADES DE LA LENGUA LITUANA.** El lituano es el más antiguo idioma indoeuropeo vivo. Su hermano el letón dispone del mismo certificado de nacimiento: son los últimos sobrevivientes del grupo de los idiomas bálticos y están actualmente recibiendo la ofensiva globalizante de las lenguas encasilladas en estrictas normas analíticas. Aún así, si bien el idioma se presta a las hoy cada vez más frecuentes construcciones gramaticales de frases analíticas —por ejemplo, *sėsk prie manęs* (siéntate al lado mío)—, sobreviven las frases sintéticas que, en términos occidentales, lucirían imprecisas en cuanto a su definición, porque las palabras interactúan entre sí y se enlazan formando frases donde el concepto del movimiento es rey.

**EL HOMBRE EN ARMONÍA.** Dentro de la escala de valores que rige la estructura interna de cada idioma, hay dos lenguas, posiblemente contemporáneas, cuyo concepto rector es la dinámica. Me refiero al lituano y al sánscrito. El sánscrito es la lengua inicialmente cantada y posteriormente fijada por escrito, cuya llegada a la India se sitúa a mediados del segundo milenio antes de Cristo. En un reciente libro del lingüista ruso Oleg Poliakov, un capítulo analiza en forma pormenorizada las coincidencias y diferencias existentes

entre el lituano y el sánscrito, llegando a la conclusión que en algunos aspectos, el lituano contemporáneo es más antiguo que el sánscrito en cuanto a sus aspectos lingüísticos. Tras comparar el sistema de las vocales y los diptongos del sánscrito con el lituano y refiriéndose al indoeuropeo conceptualizado como la fuente primaria, Poliakov concluye: “Una comparación de los sistemas fonéticos del sánscrito y del lituano indica que solamente el lituano ha preservado los diptongos indoeuropeos. También ha preservado mejor el sistema de las vocales. Contrariamente al lituano, el sánscrito solo mantuvo las aspiradas indoeuropeas \*bh, \*dh y \*gh > (g)h y la oposición de las consonantes \*b, \*d y \*g, pero la totalidad del sistema de las consonantes se ha conservado mejor en el lituano”. El análisis morfológico arroja la siguiente conclusión: “Una comparación de los nombres indica que en ambos idiomas se mantuvo la antigua declinación indoeuropea. Los paradigmas no lucen como si fueran provenientes de dos idiomas distintos, sino como si fueran paradigmas de dos dialectos (*de un solo idioma*)”.<sup>2</sup> Observaciones similares llevaron al lingüista hindú Suniti Kumar Chatterdzhi a viajar a Letonia para estudiar los antiguos cantos bálticos. Su conclusión fue que “podríamos decir con toda propiedad que los cantos védicos y las *dainos* bálticas constituyen dos cuerpos emparentados, que se complementan mutuamente”.<sup>3</sup>

Efectivamente, los antiguos cantos bálticos parecen brotar de las primeras culturas agrícolas, cuando el ser humano concebía la naturaleza como un movimiento de fuerzas motrices con las que era necesario comunicarse. Entre las diversas modalidades de cantos bálticos rituales, unas de las más significativas son los *lalavimai* (viene de la voz letona *liels*, grande, que no sobrevivió en el lituano, salvo en antiguos cantos donde posee un significado verbal:

---

2 O. POLIAKOVAS, *Pasaulis ir Lietuvių Kalba*, Vilniaus Universitetas, Vilnius, 2008, pp. 130, 135.

3 S. K. CHATTERDZHI, *Balts and Aryans*, Indian Institute of Advanced Studies, Calcuta, 1968, p. 143.

crecer, por ejemplo, *du qžuolu lylio*, crecen dos robles).<sup>4</sup> Los *lalavimai* eran cantos rituales destinados a lograr la prosperidad del agro, el ganado y la cría. Esa costumbre, así como la letra de esos cantos, se reprodujeron en el siglo antepasado en Prusia oriental. Sobrevivieron hasta el siglo XX, de modo que, en tiempo de Immanuel Kant, esa costumbre existía en la región donde transcurrió toda la vida del filósofo.

Los *lalavimai* eran largas letanías acerca de la dinámica de la vida y la naturaleza. El canto llevaba de estribillo las palabras *Ei, lalo*, especie de llamado al crecimiento, que repetía el coro; la letra enumeraba las siembras, el ganado, alentándolos a crecer y multiplicarse mejor y más rápido, creando abundancia.<sup>5</sup> Cada verso buscaba colocar la dinámica de la naturaleza al servicio del ser humano, que, a su vez, cantaba a la naturaleza en comunión con otros seres humanos, movidos por los mismos deseos.

De manera más explícita, encontramos los mismos planteamientos de una eterna dinámica en algunos versos sánscritos, cuya similitud con el lituano es múltiple, puesto que la coincidencia del léxico viene acompañada de idénticos conceptos en cuanto a su valor filosófico. El verso XI-39 del poema sánscrito *Bhagavad Gīta* suena: *ayu, yamo, ġnir, varunah qaçankah pradjapatis tvam prapitamahacca*, y su traducción a los idiomas occidentales modernos sería: “El viento, la tierra, el fuego, el agua, la luna, el dios Pradjapatis y el poder de los antepasados son tuyos”. Para un báltico, esos versos significan: “La fuerza del viento, la germinación en la tierra, la combustión, la corriente del agua, el cambio lunar, el inicio mismo y el potencial de los antepasados son tuyos”. Fonéticamente, algunas de esas palabras son más antiguas en su versión lituana y, conceptualmente, el lituano posee todavía hoy el verbo que produjo el nombre citado en el verso. El sánscrito *Ayu* (el viento) en lituano moderno es *vėjas* y proviene del verbo lituano *vyti, veja*, perseguir, de modo que el viento es en realidad

---

4 S. BALYS, *Raštai*, Vilnius, 1957, vol. VI, p. 192.

5 K. KAPELERIS, *Lietuvninkai*, Vilnius, 1970, pp. 375-6.

una fuerza motriz. El sánscrito *Yamo* en lituano moderno es *žemė*, antigua \**gema*, del verbo lituano *gimti*, *gimė*, nacer. La tierra es el elemento del que todo nace. El sánscrito *gnir* en lituano moderno es *ugnis*, el fuego, referente a la combustión. El sánscrito *Varunah* es el agua; en lituano moderno sería *varuma*, su significado corresponde al verbo lituano *varyti*, *varo*, empujar, mover empujando, que es la función de la corriente. El sánscrito *Çaçankah* (la luna) no se parece a la voz lituana *mėnuo*, *mėnesio*, que viene del verbo lituano *mainyti*, *maino*, cambiar, pero mantiene el concepto del cambio lunar. El dios Pradžapatis sería en lituano moderno *Pradžia pati*, el inicio mismo.<sup>6</sup> (La terminación *patis*, él mismo, acompaña los nombres de muchos dioses lituanos, por ejemplo, *Dimstpatis*, el dios del hogar; *Laukpatis*, el dios de los campos, etc.)

El siguiente es un verso de esa misma *Bagavad Gîta* (VII, 6) y su traducción al lituano moderno:

Sánscrito: *Aham krtsnasya jagatah praghavah  
pralayas tatha*

Lituano moderno: *Esmi kurybos pažanga pribuvi-  
mas praėjimas tatai*

Español: *Soy la progresión de la creación, lo que  
llega a ser, lo que deja de ser, eso soy.*<sup>7</sup>

LA RELACIÓN ESPACIO-TIEMPO. Los idiomas bálticos poseen una gran variedad de prefijos. No es nada nuevo: la norma de los idiomas indoeuropeos es que un prefijo puede modificar o precisar el significado de la palabra. Los idiomas eslavos, cercanos en sus orígenes al lituano, aunque más jóvenes, poseen igualmente una notable abundancia de prefijos. Sin embargo, el rasgo distintivo del prefijo lituano consiste en definir, casi siempre, la relación espacio-tiempo.

Si buscamos en un diccionario del lituano moderno

---

6 J. ROSALES, *Los Godos*, Ariel, Barcelona, 2004. p. 309.

7 *Los Godos*, pp. 309-10.

(<http://www.lkz.lt/startas.htm>) el verbo *eiti* (ir), la respuesta es: *eiti, anteiti, apeiti, ateiti, daeiti, žeiti, išeiti, paišeiti, nueiti, panueiti, paeiti, padeiti, pareiti, papareiti, pereiti, pieeiti, praeiti, prieiti, razeiti, parazeiti, sueiti, pasueiti, užeiti*, y cada uno de esos verbos con su respectivo prefijo, se disgrega a su vez en decenas (algunos hasta 30) significados dependientes de su interacción con el contexto, a lo cual el diccionario se ve obligado a dedicar numerosas páginas (los instructivos del diccionario dicen que, al llegar a mil ejemplos, interrumpen). En cada caso, uno o varios prefijos unidos juegan no solo con los factores espacio/tiempo, sino también con la relación de ese movimiento hacia otras personas, puesto que cada “ir” puede ser enfocado incluyendo cercanía o lejanía respecto a los demás sujetos: *sueiti* es ir a reunirse con otros, *užeiti* es visitar brevemente, etc.

La libertad de escoger entre la profusión de prefijos, es solo una faceta de la relación espacio-tiempo, porque igual o mayor importancia tiene el movimiento del sujeto que efectúa la acción de “ir”. En un amplio y pionero estudio de los antiguos cantos lituanos, el escritor Balys Sruoga (1896-1947) observa que el idioma permite, y el folklore aprovecha, la facultad de crear verbos de movimiento del sujeto a partir de cualquier palabra, y adelanta una larga lista de ejemplos (*bruškinti, gūžinti, klumpinti, slinkinti, rutuoti, ūluomini, tysinti, atjuoduoti, kėbžinti, kleipinti, krapenti, krupinti, kliūtinti, kuodinti, liopinti, nyrinti, atplastėti (pavėjui), atpletuoti (prieš vėją), atpliskuoti, atliumpėti, atsapenti*, etc, etc.). Su conclusión es que “cada uno de esos verbos significa ir, pero cada uno ilustra la forma en que ese proceso ocurre. Es fácil observar que algunos de esos verbos parten de palabras exclamatorias que son de una infinita abundancia en el idioma lituano; ninguna otra lengua culta posee tal abundancia de ellos y con cada uno, de ser necesario, es posible crear un verbo”.<sup>8</sup>

Si los prefijos y las exclamaciones son instrumentos

---

8 B. SRUOGA, *Raštai*, Vilnius, 1957, vol. VI, p. 271.

dotados de una flexibilidad virtualmente infinita, una casi igual profusión existe en los adverbios: los hay de tiempo, lugar, dirección, causa, meta, pero a menudo ni siquiera se necesitan, porque el verbo mismo, e incluso el nombre convertido en adverbio, poseen los instrumentos gramaticales que permiten transmitir las fluctuaciones en el tiempo y el espacio. *Namas* es la casa y se puede utilizar la palabra en nominativo, genitivo, dativo, acusativo, instrumental, locativo y vocativo (*namas, namo, namui, namą, namu, name, oh name*), pero la gramática editada por el Instituto de la Lengua Lituana advierte que además de los siete casos, está la forma adverbial direccional acentuada en la última letra: *namo* (a casa), y ¡cuidado!, hay otra forma más: *naman*, así que mientras *namo* se convierte en adverbio indicativo de dirección, hacia la casa, *naman* ya implica el movimiento de entrar en la casa.<sup>9</sup>

En los jóvenes idiomas occidentales, cada objeto es inmovible en su significado y el proceso de formación de los grandes reinos occidentales (Francia, Inglaterra, España) incluyó la necesidad de crear diccionarios reales, que unificaron y encasillaron los respectivos idiomas. Por contraste, el antiguo lituano jamás perdió su propia escala de valores, anclada no en la definición, que es un valor inerte, sino en la movilidad y relatividad entre distintos movimientos, lo que reduce la definición estática a un nivel secundario y de menor jerarquía.

LA RELACIÓN HUMANA. Otro rasgo importante del idioma lituano es la impronta que las palabras ejercen en las relaciones entre personas. Cuando un occidental saluda, sea francés, alemán, italiano, español y antiguamente inglés, desean al interlocutor un “buen día”. El inglés acuñó más recientemente el Hello, que el español adaptó en “hola” y cuyo significado no se sabe si es “aquí estoy” o “aquí estás”. El lituano decía *laba diena*, que luego se redujo a un *labas*. Con ello expresa el deseo de que su interlocutor tenga

---

<sup>9</sup> *Lietuvių kalbos gramatika*, vol. II, p. 425.

un día del que sacará provecho de sus labores. *Labas* es provecho, generalmente partiendo de la labor que efectúa el interlocutor. Un saludo similar era corriente en el campo: al ver a alguien trabajando, se les decía *padėk Dieve*, “ayúdale, Dios”, dirigiéndose a Dios con un claro vocativo y colocando el verbo en el modo imperativo. El nexa se establece en la comunión de un deseo ético: el trabajo como norma de vida y Dios como partícipe de la norma.

Ese nexa entre dos personas era ritualmente sagrado en una tercera modalidad: la de la *bičiulystė*, donde el mero hecho de haber compartido un enjambre de abejas creaba un lazo sagrado e imperecedero entre los dos apicultores.

Cuando el español dice “gracias”, el francés *merci* y el alemán *Danke*, el lituano dice *ačiū* y es la reducción de la palabra *atjaučiu*, según observó uno de los grandes filósofos lituanos, Vydūnas (1868-1953), que relató que un día, en Prusia oriental, ayudó a una anciana a bajar del tren. La anciana le dijo *atjaučiu* y Vydūnas por fin comprendió el verdadero significado de una voz que utilizaba sin conocer su origen. *Jaučiu* significa “tengo un sentimiento” y el prefijo *at* indica la retribución. Significa “me has dado tu sentimiento” y yo “te devuelvo el mío”, lo cual establece un contacto emocional entre dos personas.

La gran avalancha de contactos emocionales aparece en los cantos donde la principal expresión del sentimiento se expresa a través de los sufijos, que son técnicamente diminutivos. El folklorista lituano Vilius Kalvaitis (1848-1914) presenta en su libro *Lietuviškų vardu klėtelė* (El granerito de los nombres lituanos, 1910) una larga lista de la palabra “madre” con uno, dos o hasta tres diminutivos que expresan cariño, acumulados en una sola palabra, y cierra la enumeración con un etc., dejando claro que no termina allí.

Refiriéndose a los sufijos del diminutivo en los cantos lituanos, Sruoga indica 1) su profusa utilización, ilustrándola con un ejemplo de tres estrofas, donde “de los 6 nombres, icinco aparecen con sufijos diminutivos!”; 2) el valor emocional transmitido por el diminutivo, y 3) lo inconmensurable del significado del diminutivo, que indica algo infini-

to, por ejemplo, la voz *vanduo* (agua), con el diminutivo *él* (*didis vandenėlis*). Sruoga dice que “indica una gran masa de agua, un lago, un mar, un océano”.<sup>10</sup> Sruoga afirma que en los cantos el diminutivo en vez de disminuir el tamaño, lo incrementa hacia el infinito y también lo hace cuando el diminutivo expresa un sentimiento.

Los cantos son principalmente la expresión de una relación con la naturaleza y/o con otra persona, y la cercanía emocional se expresa a través de los sufijos diminutivos. Dice Sruoga:

El diminutivo puede considerarse con todo derecho la belleza y brillo de la creación folklórica lituana. [...] En la creatividad popular de los eslavos y germanos hay muchos diminutivos, pero mientras más se va hacia el norte, menos se utilizan. Por ejemplo, la creación folklórica escandinava los sustituye con epítetos de gloria. Los lituanos no se distinguen por tener rasgos sureños, pero entre ellos, a Dioses gracias, se han preservado masas de diminutivos. Los diminutivos proporcionan a la lírica popular una elegancia difícil de definir o concretizar, una ingenuidad, ternura y liviandad artística. El cantor popular lituano puede crear los más refinados diminutivos a partir de casi todos los elementos del lenguaje [...] porque además de acompañar los nombres y los adjetivos, los diminutivos pueden acompañar a adverbios e interjecciones.<sup>11</sup>

Sruoga brinda numerosos ejemplos de diminutivos e insiste en su abundancia. *Mot-in-a* (madre): aparece con los diminutivos *utė, ušėlė, užėlė, yn-ytė, in-ėlė, ušytė, tynužėlė, užaitė, ulytė, čiutė, čiutėlė*, etc. Hasta la ida a la casa (*namas*) en la canción aparece como *namytužėlio*,<sup>12</sup> al recibir tres sufijos diminutivos encadenados (*-yt-už-ėl-*). Esa casa a la que voy es algo especial para mí.

---

<sup>10</sup> B. SRUOGA, *Raštai*, vol. VI, p. 264.

<sup>11</sup> *Raštai*, vol. VI, pp. 262-4.

<sup>12</sup> *Raštai*, vol. VI, p. 264.



EL MUNDO DE IMMANUEL KANT. Resumiendo de manera muy esquemática y simplificada el singular aporte de Immanuel Kant (1724-1804) a la filosofía moderna, podríamos mencionar dos enunciados que fueron de importancia capital en su tiempo: 1) se define la intuición externa, el espacio, y la interna el tiempo (*Crítica de la razón pura*) y 2) aparece la ética y la moral como algo que poseemos intrínsecamente (*Crítica de la razón práctica*) y que están dotadas de un valor universal, puesto que lo que uno hace debe ser suficientemente ético como para implicar a todos los demás seres humanos. Subyacente a eso, Kant confirma su fe en la ética y la moral, al tiempo que las liga a una obligada y compasiva solidaridad humana.

Hoy sabemos que Kant vivió toda su vida, desde la niñez y su primera escuela hasta su muerte en contacto directo con el idioma lituano y podríamos adelantar que los enunciados de Kant ya existían implícitos en ese idioma de gran complejidad y edad milenaria.

En 1968 se publicó en Lituania (*Problemos*, 1, pp.58-65) un estudio de la profesora K. Rickevičiūtė sobre 'La visión de Kant acerca del idioma y de la cultura lituanos'.<sup>13</sup> La autora parte de una observación de base: Immanuel Kant nació, vivió y murió en Königsberg, en Prusia oriental, donde residía una sustancial minoría lituana. Por otra parte, el bisabuelo, el abuelo y el padre de Kant eran comerciantes y artesanos oriundos y residentes en Lituania, que luego se radicaron en Prusia oriental. En apoyo a esta aseveración, Rickevičiūtė cita a dos estudiosos alemanes: F. Paulsen, *Immanuel Kant, Sein Leben und seine Lehre* (Stuttgart, 1920), y K. Vörländer, *Immanuel Kant, Der Mann und das Werk* (Leipzig, 1924).

Efectivamente, ha sido posible rastrear los antepasados de Kant a través de los registros de nacimientos y matrimonios. En el año 1899, J. Sembrizki encontró en los archivos de Königsberg (hoy Kaliningrado), documentos donde apa-

---

13 K. RICKEVICIUTE, 'Kanto požiūris į lietuvių kalbą ir kultūrą', *Problemos*, 1 (1968), pp. 58-65.

recen identificados los padres y abuelos de Kant. Allí consta que Ricardo Kandt (bisabuelo del filósofo) tenía una taberna cerca de la pequeña ciudad de Šilutė, en Lituania. Situada a poca distancia del puerto de Klaipėda, Šilutė fue inicialmente un importante mercado de productos pesqueros, famoso por sus tabernas. Apareció igualmente un documento del año 1667 según el cual Ricardo Kandt, al morir, lega todos sus bienes a su hija Sofía, pero no olvida a su hijo Hans Kandt (abuelo del filósofo), del que dice se encuentra en “países extranjeros” estudiando el oficio de confeccionar sillas de montar, de modo que el testador encomienda a Sofía entregar a Hans cuando vuelva: “100 talentos, 6 camisas de lino puro, 6 cuellos de camisa y 12 pañuelos”.<sup>14</sup> Otros documentos indican que el abuelo de Immanuel, Hans Kandt, vivía en 1671 en el puerto lituano de Klaipėda, ejerciendo su profesión de artesano, fabricante de sillas de montar. En 1682 le nació su segundo hijo, Johanes Georg, que sería el padre de Immanuel Kant.

Johanes heredó la profesión de su padre e instaló su taller en Königsberg, se casó con Ana Regina Reuter, alemana, y tuvieron 9 hijos, de los que Immanuel fue el cuarto.

Para situarnos en relación a los lituanos de Prusia oriental, es preciso retroceder al siglo XVI, cuando el reino de Polonia y el Gran Ducado de Lituania se unieron en un solo Estado regido por el Rey de Polonia y el Gran Duque de Lituania, ambos en una sola persona. Ese Estado polaco-lituano fue desmembrado por Rusia, Prusia y Austria en tres etapas: 1772, 1793 y 1795. Lituania cayó bajo el poder de Rusia y el Gran Ducado de Lituania dejó de existir, mas no su población, que permaneció en su mayor parte en Lituania. La parte que en la repartición del reino polaco-lituano pasó al poder del ducado y luego reino de Prusia, terminó de adquirir su aspecto de país germano, pero se mantuvo allí una minoría lituana. Esa región de Prusia Oriental recibió el nombre de “Pequeña Lituania”. Su principal centro económico y cultural era la ciudad de Königsberg.

---

14 J. SEMBRIZKI, *Neue Nachrichten über Kants Grossvater*, *Altpreussische Monatsschrift*, Bd. 37, Königsberg, 1900, p. 139.

La cifra de unos doscientos mil lituanos residentes en Prusia oriental, aparece en un censo posterior a una epidemia de fines del siglo XVIII y si nos trasladamos a los tiempos posteriores a Immanuel Kant, “según datos estadísticos de los propios alemanes, en 1864 vivían en Prusia oriental 152.000 lituanos”, indica Rickevičiūtė y cita sus fuentes.<sup>15</sup>

“SERÁ UN HOMBRE FAMOSO”. No menos preciso sobre la continua presencia del idioma lituano en la infancia y vida de Immanuel Kant ha sido en sus recientes escritos el profesor de la Universidad de Vilnius Bronius Genzelis. En un pormenorizado estudio titulado *Immanuel Kant y los lituanos*, Genzelis nota que el abuelo de Kant tuvo que recurrir a un traductor en un litigio que sostuvo con la familia de su esposa, de modo que, aparentemente, “no sabía alemán”.<sup>16</sup> En cambio Immanuel ya hablaba alemán en su casa, siendo ese el idioma del Estado y de su madre. Escribe Genzelis que la familia de Kant, siendo él niño, se relacionaba con lituanos.

En su casa un frecuente visitante era el profesor F. Schulz. Cuando la familia estuvo considerando si era preferible poner a Immanuel a estudiar o enseñarle un oficio, Schulz, que dirigía las clases de lituano en la Universidad de Königsberg, convenció a los padres que si Immanuel estudiaba, se convertiría en una persona famosa. Luego Schulz protegió al joven y le ayudó. Kant siempre recordó a su profesor con gratitud.

En la Enciclopedia Lituana encontramos los datos de ese personaje, que ejerció una gran influencia en Kant des-

---

15 P. PAKARKLIS, *Mažoji Lietuva*, Kaunas, 1935, pp. 5 y 6. Véase K. RICKEVIČIŪTĖ, ‘Kanto požiūris į lietuvių kalbą ir kultūrą’, pp. 58-65.

16 B. GENZELIS, *Nuo Mažvydo iki Vydūno: Karaliaučiaus krašto šviesuoliai / sudarė Vytautas Šilas* [redaktorė Romualda Brastavičienė; dailininkas Albertas Broga], Mintis, Vilnius, 1998 (Vilnius: Poligr. paslaugų įm.), 227, [1] p. iliustr. Bibliogr. str. gale. Karaliaučiaus krašto vietovardžiai lietuviškai-vokiškai-rusiškai ir rusiškai-lietuviškai r-klės, pp. 207-228.

de su primera infancia. La familia Kant era luterana, estrictamente apegada a la observancia de los preceptos religiosos, y su consejero en la materia era ese pastor Franz Albert Schultz (1692–1763), muy dedicado a la tarea de preparar pastores con dominio del lituano, destinados a convertir al protestantismo a los lituanos de Prusia. Immanuel tenía 8 años cuando el pastor convenció a los padres del niño para que enviaran a su hijo a la institución llamada Collegium Fridericianum, donde se impartían clases de latín, griego, hebreo y lituano, y cuyo director era el propio Schulz.

Immanuel permaneció ocho años en ese colegio. A los 16, se graduó segundo de su promoción e ingresó a la Universidad de Königsberg. La universidad recibía un flujo sostenido de estudiantes lituanos, en su mayoría impedidos de estudiar en su lengua materna en Lituania, dada la vigorosa política de rusificación desarrollada por el gobierno ruso que allí imperaba. En la Universidad de Königsberg existió desde 1718 hasta 1944 un “seminario” (especie de cátedra) de idioma lituano, mientras que en la universidad de Vilnius, en Lituania misma, la hegemonía rusa prohibía la enseñanza en ese idioma.

Un artículo del profesor Algirdas Matulevičius, publicado en 1994, presenta un panorama bastante completo de la importancia que tuvo la universidad de Königsberg en la enseñanza del idioma y cultura lituanos:

Desde el siglo XVI hasta la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad de Königsberg fue un importante centro de cultura lituana. Entre 1524 y 1940, de las ciento noventa imprentas existentes en la ciudad, veintitrés imprimían libros para los lituanos de la llamada Pequeña Lituania, sumando en total unos seiscientos títulos de libros, además de seis publicaciones periódicas. Allí se imprimió entre 1832 y 1915 uno de los primeros periódicos en lituano, el vocero protestante intitulado *Nusidavimai apie evangelijos prasiplatinimą tarp žydų ir pagonių* (Relatos sobre la difusión del Evangelio entre judíos y paganos). La biblioteca real y la de la universidad reunieron a partir del siglo XVIII una casi completa

colección de las ediciones en lituano impresas en la Pequeña Lituania (Prusia oriental).<sup>17</sup>

Volvamos al profesor Genzelis y a través de él, al personaje que influyó la infancia de Kant: el pastor Schultz. Dice Genzelis:

Ese mismo Schultz ejerció una gran influencia en K. Donelaitis, futuro gran clásico de la literatura lituana. En esa misma época también enseñaba en la universidad otro famoso activista de publicaciones lituanas, el profesor J. J. Kvandt. En esos tiempos, la gente del pueblo tenía grandes deseos de ilustrarse. Quizás a eso se refiere el primer escrito de Kant ‘Pensamientos sobre la verdadera evaluación de las fuerzas vivas’, cuya publicación pagó su tío Richter, de oficio zapatero.<sup>18</sup>

(Cabría hacer un breve inserto acerca de ese futuro “clásico”, Donelaitis, también influido por el pastor Schultz. Su nombre completo es Kristijonas Donelaitis (1714-1780), pastor protestante que, al igual que Kant, estudió lituano, latín, griego y hebreo. Como sus contemporáneos estudiosos del lituano, le impresionó la antigüedad del idioma al compararlo con las demás lenguas muertas. Antes de morir, Donelaitis dejó una obra capital en lituano, *Metai* (El año) escrita a la manera de los poetas antiguos, en hexámetros tónicos y métricos. Es un clásico de la literatura lituana, donde además del estilo, asombra la flexibilidad del idioma para recrear la transformación de la naturaleza a lo largo de las distintas estaciones del año. La obra fue escrita cuando Kant estaba vivo, pero fue publicada después de su

---

17 A. MATULEVIČIUS, ‘Didžiosios ir Mažosios Lietuvos studentai Karaliaučiaus universitete (450-osioms metinėms)’, *Voruta*, 27-28 (1994), pp. 165-166.

18 B. GENZELIS, *Immanuelis Kantas ir lietuviai. Nuo Mažvydo iki Vydūno: Karaliaučiaus krašto šviesuoliai / sudarė Vytautas Šilas* [redaktorė Romualda Brastavičienė; dailininkas Albertas Broga]. Mintis, Vilnius, 1998 (Vilnius: Poligr. paslaugų įm.). 227, [1] p.: iliustr. Bibliogr. str. gale. Karaliaučiaus krašto vietovardžiai lietuviškai-vokiškai-rusiškai ir rusiškai-lietuviškai r-klės, pp. 207-228.

muerte, en 1818, por el editor Ludovico Rheza, rector de la Universidad de Königsberg unos años después de que Kant ocupara ese cargo. Nunca sabremos si a través de las mutuas amistades del poeta y del filósofo, Kant llegó a conocer la principal obra maestra de la literatura lituana.)

Cabe recordar que Immanuel Kant no solo impartió clases en la Universidad de Königsberg, sino que fue su rector entre 1768 y 1788.

EL DICCIONARIO LITUANO-ALEMÁN. Precisamente en 1788 surgió en Königsberg una polémica acerca de la fidelidad de las traducciones al lituano de las Escrituras. Los hermanos Mielcke, Daniel Friedrich y Christian Gottlieb Mielcke, provenientes de una familia donde por varias generaciones se hablaba lituano en casa, hijos del profesor y pastor Peter Gottlieb Mielcke quien desempeñó varias funciones en la Universidad de Königsberg, objetaron la labor del entonces traductor oficial. A raíz de la discusión, el traductor fue removido de su cargo por el gobierno y reemplazado durante un breve período por Christian Gottlieb Mielcke.<sup>19</sup>

Según Žavinta Sidabraitė, biógrafa de Christian Gottlieb Mielcke, este último se inscribió en la Universidad de Königsberg en 1751. Considera que él, su padre Peter y su hermano Daniel, no solo fueron en diversas épocas estudiantes de la cátedra de lituano en esa universidad, sino que probablemente impartieron clases en esos cursos. Por otra parte, de que Kant los conocía y compartía sus preocupaciones por el idioma lituano, tenemos una prueba notoria: cuando Christian Gottlieb Mielcke publicó en el año 1800 un diccionario lituano-alemán, el epílogo sería de Kant.

En 1797 Christian Gottlieb Mielcke ya tenía listo para la imprenta el diccionario lituano-alemán, que por motivos económicos no aparecería impreso sino en 1800.<sup>20</sup> En él se encuentra el último escrito de Kant impreso antes de que

---

19 Ž. SIDABRAITĖ, *Christian Gottlieb Mielcke: Leben und Werk*, disponible en [http://www.annaberger-annalen.de/jahrbuch/2005/AnnabergNr.13\\_Kap5.pdf](http://www.annaberger-annalen.de/jahrbuch/2005/AnnabergNr.13_Kap5.pdf)

20 <http://www.epaveldas.lt/vbspi/biRecord.do?biRecordId=2181>

el filósofo falleciera en 1804: *Nachschrift eines Freundes* (Epílogo de un amigo).

De hecho, el epílogo de Kant aparece en el diccionario después de los otros prólogos: el primero, escrito por el propio Mielcke; el segundo, por el pastor y predicador berlinés Daniel Jenisch (1762-1804) y el tercero por el funcionario encargado de los asuntos de Iglesia y escuelas de Königsberg, Christoph Friedrich Heilsberg (1726 o 1727-1804). Jenisch fue alumno de Kant y se ocupó de publicar algunos de sus escritos; Heilsberg y Kant estudiaron juntos.

Los cuatro prólogos son interesantes. Mielcke, cuyo apellido lituano es Milkus, indica que, en aquel momento, doscientos mil pobladores de Prusia Oriental eran de idioma lituano. Recalca que los pastores, los funcionarios del gobierno y de la justicia, así como los comerciantes, necesitaban conocer ese idioma para no depender de los traductores, que a menudo no son de fiar, afirma. Luego enumera las virtudes del nuevo diccionario, en comparación con diversas ediciones anteriores. El texto de Jenisch se concentra en el espíritu de los lituanos que considera cónsono con su idioma. Resalta la complejidad de una lengua que posee las declinaciones, el singular, plural y dual, similares a los del antiguo griego y al latín, y si bien le encuentra muchas raíces comunes con otros idiomas, considera que el lituano y el letón representan el remanente de antiguos pueblos, siendo su estudio útil para conocer sus antiguas creencias. Presenta comparaciones del griego con el lituano y resalta la gran riqueza del vocabulario de este último. Admira las *dainos* (cantos) donde “se respira sencillez, intimidad y ternura”, menciona los dichos poco conocidos y pequeños relatos en que resalta “el saber, la observación y la experiencia”. Considera que los lituanos son particularmente celosos de su idioma. Afirma que convivió mucho tiempo con ellos y que en ellos priva la amistad, la paz, la ayuda y la hospitalidad, que poseen un fuerte sentimiento de su propio valor, no se rebajan ante un superior ni intentan agraciársele. También Heilsberg define al lituano con cuatro palabras: *gastfren, edeldenkend, menschenfreundlich,*

*tapfer* (hospitalario, de noble pensamiento, amigable, valiente). Son gente alegre, les gustan las canciones en las que transmiten los más delicados sentimientos de amor y amistad. Considera falsa la creencia de que los lituanos sean soberbios; lo son únicamente con quienes piensan que han venido a someterlos. Su idioma está imbuido de conceptos de la moral que observan celosamente. Los lituanos aman y defienden su idioma, saben que si lo pierden, perderán muchísimo. El ‘Epílogo de un amigo’, firmado por Immanuel Kant, es el más breve de los cuatro escritos introductorios, pero tal vez el más significativo. Al igual que los demás, Kant resalta el carácter muy particular de la cultura lituana y lo atribuye a su idioma.

EMMANUEL LÉVINAS ESCRIBÍA EN LITUANO. Nacido y criado en Kaunas, Lituania, Emmanuel Lévinas (1906-1995), que luego viviría en Francia, visitó su país natal por última vez en 1937. Casi medio siglo más tarde, en 1984, pudo todavía escribir en lituano una carta manuscrita, dirigida al profesor de filosofía Andrius Valevičius, en la que se quejaba de que el idioma se le estaba olvidando.<sup>21</sup>

Debemos a la profesora de filosofía Aušra Pažėraitė, de la Universidad de Vilnius, la pormenorizada investigación acerca de los orígenes de los Lévinas. De sus pesquisas se desprende que el padre de Emmanuel Lévinas, Jechielis Lévinas, nació en Kaunas en 1878, siendo sus padres Abromas y Feige, del mismo apellido. Emmanuel Lévinas nació en esa misma ciudad de Kaunas el 30 de diciembre 1905, según el calendario ruso ortodoxo que regía en Lituania en aquel momento.<sup>22</sup>

Emmanuel tenía 10 años cuando, al estallar la Primera Guerra Mundial y ante el avance de las tropas alemanas, la familia Lévinas huyó a Ucrania, a la ciudad de Járkov, donde Emmanuel cursó algunos años de secundaria en idio-

---

21 A. VALEVIČIUS, ‘Emmanuelis Lévinas filosofas iš Lietuvos’, *Naujasis židiny*, 11 (1995), pp. 816-823.

22 A. PAŽĖRAITĖ, *Emanuelis Lévinas ir jo šeima Kaune, Žmogus ir žodis*, 2001.



ma ruso. Se sabe que en 1920 la familia ya se encontraba nuevamente en Lituania y que en los primeros años tras su regreso, vivía en el casco antiguo de Kaunas. Luego se mudarían al sector moderno de la ciudad. Emmanuel terminó la secundaria en Lituania en un colegio judío donde enseñaban en ruso. En su casa se hablaba ruso y yidish.

El regreso de los Lévinas parece haber ocurrido inmediatamente después de que Lituania proclamara y consolidara su independencia. El país se independizó de Rusia en 1918 y, a partir de ese momento, el idioma oficial, el del quehacer diario, la educación, literatura y arte fue el lituano, expulsando de la vida pública las antiguas imposiciones del ruso o del polaco.

Me permito incluir algunos recuerdos personales de aquella Kaunas de entreguerras. En Lituania en general y en Kaunas en particular, estaba radicada una numerosa minoría judía, en su mayoría comerciantes. Sus raíces se remontaban al siglo XV, cuando el ducado de Lituania acogió una inmigración masiva de judíos que huían de la persecución religiosa. En la Kaunas que conocí hacia finales de la década de los años 1930, la convivencia entre lituanos y judíos era estrecha y nos movíamos en una constante mezcla de idiomas. En casa de mi amiga de infancia, Rosa Rosenbergaitė, se hablaba yidish y ruso. Ella vivía en el antiguo casco de la ciudad, creo que muy cerca de la calle donde se hospedaron los Lévinas a su regreso a Lituania. Mi otra amiga judía, Mara Švarcaite, vivía en la parte moderna de Kaunas; en su casa hablaban yidish. El negocio de venta de telas de sus padres se encontraba en Laisvės Aleja, la principal y más importante avenida de la ciudad. Sin embargo, el idioma habitual de uso colectivo era el lituano. Nos comunicábamos en lituano. Las tres crecimos con un modo de pensar forjado por las peculiaridades de aquella lengua vernácula, estudiamos en lituano, leíamos libros en lituano, admirábamos a los autores lituanos, corríamos al teatro a ver obras en lituano. (Mis dos amigas perecieron en el holocausto, asestando a mi niñez una más de las dolorosas heridas recibidas en esa trágica época.)

De que los miembros de la familia Lévinas conocían bien el lituano hay múltiples pruebas. Poco después de su regreso a Lituania al terminar la Primera Guerra Mundial, el padre de Lévinas solicitó un segundo pasaporte, por haber perdido el anterior, y necesitó probar las circunstancias de la pérdida del documento trayendo testigos para dar fe de su identidad, todo explicado en lituano, ante funcionarios lituanos y con firma de los presentes. Ese mismo documento identifica a Jochelis Lévinas como comerciante, dueño de una librería en el número 25 de Laisvės Aleja, la principal y más concurrida avenida de Kaunas, un lugar de negocios de lujo. En esa misma dirección, aparentemente en el mismo edificio, se encontraba la más elegante cafetería de la ciudad.<sup>23</sup>

El idioma hablado en la librería de Lévinas, donde además, según muestran los documentos, se expedían planillas fiscales para los ministerios, era necesariamente el lituano. Sobre todo, si se toma en cuenta el lugar donde estaba situado, claramente destinado al gran público.

POR QUÉ ES IMPORTANTE EL ENSAYO DE LÉVINAS EN LITUANO. Debemos al profesor Valevičius el habernos revelado uno de los más tempranos ensayos de Lévinas, desconocido hasta hace poco del mundo occidental por haber sido escrito por el propio Lévinas en lituano y publicado en Kaunas, en la revista *Vairas*, en el año 1933. El ensayo versa sobre ‘La comprensión de lo espiritual en las culturas francesa y alemana’.<sup>24</sup> Parte del ensayo analiza el entonces recién editado libro de Thomas Mann *La montaña mágica*. Recientemente, Valevičius ha publicado la traducción del ensayo al inglés en la *Continental Philosophy Review*.<sup>25</sup>

Valevičius, otorga una gran importancia al ensayo que Lévinas escribió en lituano y afirma que fue la única vez en

---

23 A. PAŽĖRAITĖ, *Emanuelis Lévinas ir jo šeima Kaune*, pp. 51-52.

24 E. LÉVINAS, ‘Dvasiško supratimo prancūzų ir vokiečių kultūroje’, *Vairas*, 1933. Véase ‘Emmanuelis Lévinas filosofas iš Lietuvos’.

25 E. LÉVINAS, ‘The understanding of spirituality in French and German culture’, *Continental Philosophy Review*, 31/1 (1998), pp. 1-10.

que Lévinas no escribió en francés.

Estos son algunos fragmentos del comentario que dirigió Valevičius al público lituano en 1995, al publicar en la revista *Naujasis Židinys* <sup>26</sup> una reproducción del artículo que Lévinas escribió para Lituania en 1933:

La última vez que vi a Lévinas fue en 1984, en su apartamento de París, en la calle Michel-Ange. En esa oportunidad me contó (hablábamos en lituano) que una vez, hacía muchísimos años, escribió un artículo en lituano. Dijo que no poseía ninguna copia ni recordaba en qué revista fue publicado. Le prometí que trataría de encontrar el artículo.

Al leer acerca de Lévinas en la Enciclopedia Lituanica, observé en la bibliografía la referencia a un artículo publicado en 1933 en la revista *Vairas*. Pasé una década entera intentando vanamente ubicar una copia de la edición en el continente americano. Por fin, al visitar la Universidad de Vilnius en el año 1994, entré en la hemeroteca y allí, frente a mí, se encontraba la revista *Vairas*. ¡Eureka! Pedí una copia y lleno de júbilo regresé con ella a Canadá.

Emmanuel Lévinas, que nació en Kaunas, creció en esa ciudad y cuya familia era oriunda de ese lugar, viajó al extranjero en 1923 para iniciar sus estudios de filosofía en Estrasburgo. Hasta el año 1937, mientras todavía era posible atravesar Alemania, regresaba a Lituania cada verano. Su familia murió trágicamente en tiempo de la guerra durante la ocupación alemana de Lituania.

En el Occidente, Lévinas adquirió notoriedad y se le considera uno de los más importantes filósofos de la segunda mitad del siglo XX. Se distinguió muy temprano como uno de los primeros seguidores y traductor de la fenomenología de Husserl, posteriormente cobró fama con su primera obra maestra: *Totalidad e infinito*.

A pesar de la fama de la que goza hoy Lévinas, a pesar de los muchos libros y estudios que sobre él se han escrito, sus primeras fuentes filosóficas perma-

---

26 A. VALEVIČIUS, *Emmanuelis Lévinas filosofas iš Lietuvos*, pp. 822-823.

necen desconocidas y nadie las ha estudiado hasta ahora. A Lévinas todavía se le considera un *French phenomenologist* (fenomenólogo francés), un puro seguidor de Husserl y un opositor de la filosofía existencialista de Heidegger. Es cierto que las fuentes hebreas de su pensamiento y de su inspiración se estudian cada vez más, pero hasta ahora, nadie ha elaborado una descripción amplia del pensamiento de Lévinas, enfocada a la luz de toda la cultura de Europa del Este. Esto no debe sorprender, porque con la excepción de este ensayo en lituano, Lévinas siempre escribió en francés. Tomando en cuenta su vocabulario técnico fenomenológico, no es de extrañar que a nadie se le ocurra que sus fuentes filosóficas pudiesen ser otras que las de Occidente y de Francia. Sin embargo, Lévinas jamás ocultó su origen lituano y siempre, al defender su principal concepto —el sentimiento de responsabilidad de cada ser humano por el otro—, se apoyaba en el personaje del abuelo de Dostoyevski, Zósimo. En general, Lévinas ha recogido mucho de la filosofía rusa, transponiéndola a la jerga fenomenológica actual, para que la explicación fuese más comprensible en Occidente. [...]

Un artículo publicado en 1933 quizás hoy ya no tenga mucho valor, porque lo escribió un filósofo muy joven —tenía 27 años— en el inicio de su carrera, pero es interesante e importante porque, en él, Lévinas ve las culturas francesa y alemana desde afuera. No le hubiera sido posible expresarse como lo hizo, de haber sido francés. Cuando lo escribió, ya llevaba posiblemente unos ocho años viviendo en Francia, pero no se consideraba parte de la cultura francesa. No utiliza ni una sola vez la palabra “nosotros” —que es uno de los términos clave de su vocabulario filosófico— sino que habla de los franceses diciendo “ellos” y son “los otros”. Permanece como un observador que mira desde fuera. ¿En qué radica lo interesante e importante de este hecho? Radica en que llegó el momento de enfocar la filosofía de Lévinas de otro modo, y presentar su pensamiento bajo un enfoque filosófico europeo-oriental. [...]

Como soñó Šalkauskis (Stasys Šalkauskis, 1886-

1941, filósofo lituano, rector de la Universidad Vytautas Magnus en Kaunas), Lituania es un país y una cultura situados en la conjunción de Occidente y el Este, capaz de comprender intelectualmente el pensamiento occidental, pero también sintiendo intuitivamente el alma del Este; es un país donde existe amplia posibilidad de crear una síntesis filosófica propia. Es lo que logró Lévinas. Su pensamiento filosófico es la unión de la cultura judía en la Lituania de su tiempo, donde todavía existía una clara comprensión de la gran tradición del Gaon de Vilnius; la tradición lituana de tolerancia y sentido cosmopolita, heredados desde los tiempos de Vytautas (siglo XV, cuando el mandatario lituano Vytautas brindó refugio a los judíos que sufrían persecuciones); lo mejor de la filosofía compasiva rusa desde Dostoyevski hasta Soloviev, con elementos de Tolstoi; y la crítica fenomenológica, además del tecnicismo, occidentales.

Hasta aquí, lo escrito en Lituania sobre Lévinas por Andrius Valevičius. El obituario pronunciado a la muerte de Lévinas por su discípulo, amigo y correligionario Derrida versó principalmente sobre su estrecho nexo con el Talmud. Creo que esto no puede ser puesto en duda. Es allí donde realmente pertenece Lévinas por sus raíces, igual como Kant, de raíces lituanas, es alemán por el idioma que utilizó para expresar sus teorías, o Lévinas, a su vez, es de los franceses por la misma razón.

Los lituanos no pueden pretender apropiarse a Kant ni a Lévinas. Este breve ensayo únicamente intenta indagar en los instrumentos —sean razonados o intuitivos— que tanto Kant como Lévinas tuvieron a su disposición gracias a sus conocimientos del más antiguo idioma indoeuropeo vivo, cuya estructura vernácula y cuya idiosincrasia pudieron haber potenciado la afinidad entre sus pensamientos, la importancia que ambos le daban al “otro” y la manera como Lévinas se sintió identificado con Kant a través del “más allá de la ontología”.

2.

PRÓLOGOS AL DICCIONARIO LITUANO-ALEMÁN Y ALEMÁN-LITUANO  
**Christian Gottlieb Mielcke, Daniel Jenisch  
y Christoph Friedrich Heilsberg**

DICCIONARIO LITUANO-ALEMÁN Y ALEMÁN-LITUANO.<sup>1</sup>

En el que se ha tomado como modelo el diccionario del párroco Ruhig, editado otrora en Walterkemen, pero mejorado y en gran parte ampliado con muchas palabras, giros y dichos, por Christian Gottlieb Mielcke, director de coro catedralicio en Pillkallen. Junto a un prólogo del autor, otro del señor Jenisch de Berlín, párroco, un tercero del señor Heilsberg, asesor de guerra y de territorio, y también un epílogo del señor Kant, profesor.

Könnigsberg, 1800

Impresión y edición de la editorial de corte Hartungsche

---

<sup>1</sup> Traducción del alemán de Venancio Andreu Baldo.

## *Primer prólogo*

La lengua prusiana es hablada por el hombre común nativo, dentro de las fronteras de la antigua Prusia oriental, solo en el territorio que abarca las cinco principales circunscripciones antiguas —de nombre Memel, Tilse, Ragnit, Labian e Insterburg— y en unos pocos lugares adyacentes. En algunas regiones de ese territorio los antiguos habitantes se han fusionado sobremanera con los colonos alemanes; en otras, por el contrario, todavía viven los lituanos prácticamente solos, especialmente en Memel y en la franja que limita con la frontera oriental, donde a menudo, en veinte pueblos consecutivos, apenas se encuentra un alemán. A esos lituanos del antiguo Imperio se les ha unido ahora también, tras la última partición de Polonia, un grupo enorme procedente de esta parte de la nueva Prusia oriental, que linda con aquel territorio por el este. El número de todos los súbditos lituanos en toda Prusia, teniendo en cuenta las actuales fronteras, bien puede superar los doscientos mil.

Dominar más o menos esa lengua, aunque solo sea hablada por el hombre común, es en muchos casos estrictamente necesario incluso para las personas de la clase ilustrada: en primer lugar, para el predicador y maestro de este pueblo, quien debe impartirle la clase de religión en su lengua; en segundo lugar, para el experto en leyes que quiera ejercer un cargo jurídico entre estas gentes, y quien, si no entiende su lengua, de forma aceptable al menos, corre el riesgo de verse arrastrado a un burdo rechazo, a causa de los intérpretes, a menudo atolondrados, a menudo falaces; en tercer lugar, para todo hombre de negocios, ahora sobre todo en la nueva Prusia oriental, porque en esa provincia, que ha sido reorganizada por completo y provista de las más importantes instituciones que hasta ahora les eran extrañas a sus habitantes, en muy pocos lugares es posible encontrar intérpretes competentes.

El método de ordinario más sencillo para aprender una

lengua, a saber, el trato personal, presenta una dificultad especial en el caso del lituano, que solo habla el campesino común, muy dispar en costumbres y usos, e incapaz de informar pertinentemente sobre su lengua. Por ello mismo, para poder emplear este método, pero en general para aprehender esta lengua de forma más o menos cabal y correcta, en un espacio breve de tiempo, un diccionario, acompañado de una gramática, es un requisito imprescindible y una necesidad absoluta y extremadamente imperiosa en el momento actual.

Dado que el único diccionario lituano hasta ahora editado se agotó hace quince años y que era tan incompleto que bien se puede decir que no incluye ni la mitad del vocabulario de esta lengua, muchos varones respetables me han animado, desde hace años, a trabajar en la edición de un nuevo diccionario. Yo conocía la dificultad de tal obra y me negué largo tiempo a asumir un trabajo tan penoso y tan poco reconfortante. Solo la insistencia de mis amigos, los ánimos del señor Heilsberg, asesor de guerra y de territorio, lo necesario de tal libro, e incluso la inquietud por el hecho de que el viejo diccionario de Ruhig pudiera ser reeditado, tal vez con todos sus errores, o incluso con más incorrecciones, obra de algún mal conocedor de la lengua —pues entonces ya no se podría seguir contando con ninguna ayuda—, todos estos motivos, en suma, me impelieron a adoptar la decisión de elaborar un nuevo diccionario.

Por lo que se refiere a los medios de que me he servido, al margen del diccionario editado por Ruhig, se encuentran de vez en cuando algunos diccionarios elaborados a mano. Entre los que yo poseo de este tipo, hay dos, solo de naturaleza parcial, en concreto de alemán-lituano, que no merecen especial estima ni por su corrección ni por su amplitud. Pero de estos dos difiere, de manera extraordinaria, un tercero, a saber, el léxico alemán-lituano y lituano-alemán elaborado en Tremen por el antiguo enseñante Jacob Brodowski. Con esfuerzo y afán inagotables, ese hombre ha estado recopilando datos para dicha obra durante más de treinta años. Se encuentran en ella, amén de un rico reper-



torio de palabras lituanas, multitud de dichos, adivinanzas e idiotismos, o giros, que son propios del lituano, y sobre todo es visible el esfuerzo del autor en pos de la corrección y la amplitud. Sin embargo, la obra no carece de defectos. Tanto en la delimitación del significado de las expresiones como en la gramática, falta de vez en cuando a la precisión y, junto a algunas cosas superficiales e inútiles que contiene la obra, se echan de menos, por el contrario, muchas palabras auténticamente lituanas, conocidas en todas las regiones donde se habla la lengua; lo cual no es sorprendente, dado que el autor disponía de pocos precedentes, ya que, al margen de un par de diccionarios de alemán-lituano escritos a mano, y de la traducción de la Biblia, todo lo demás debió recopilarlo con sus propias indagaciones.

Mi preocupación principal consistió en hacer más completo el diccionario de Ruhig, que tomé como base de mi obra, por un lado a partir de mi propio conocimiento de la lengua, por otro a partir de las muchas expresiones encontradas en los otros diccionarios, especialmente el de Brodowski; también lo fue incorporar muchos dichos lituanos, en los cuales se revela de forma preeminente el genio de la lengua, y registrar los giros básicos de todas las localidades. Sin embargo, de estos últimos, dados los estrechos límites que se me habían prescrito para el libro, no pude introducir tantos como muy fácilmente me habría sido posible, ni como habría sido también deseable para aquéllos a los que está dirigido. En todo lo demás, la parte lituana tiene el doble de presencia que en el diccionario de Ruhig y contiene, en la edición más pequeña, muy por encima de la mitad más de términos que este último. La parte alemana, ciertamente, no ha sido objeto de tanta ampliación; sin embargo, muy rara vez se echará en falta un término, si realmente solo se da en lituano. Pero no requiere de poca reflexión, en un diccionario de este tipo, trasladar el alemán al lituano, dado que los conceptos de ambas lenguas no están conformados por rasgos comunes ni comprenden una misma extensión, y dado que, incluso cuando una palabra lituana expresa el significado de una alemana, sin embargo los significados

secundarios de cada una de esas palabras son a menudo muy diferentes. Si no se distingue todo eso, entonces se originan muchos auténticos absurdos, en las prédicas o en otras disertaciones y escritos, y los efectos son completamente contrarios al objetivo que uno se había propuesto en la redacción previa. Hasta aquí todo lo que tendríamos que recordar en relación al diccionario.

Por lo que respecta a la gramática, también he tomado como base la editada en su momento por el joven Ruhig. Está sin duda redactada con erudición y conocimiento gramaticales. La mayoría de párrocos y enseñantes había aprendido el lituano teniéndola como guía y, por ello, deseaban que se conservara. Se ha puesto remedio, tanto como ha sido posible, a varias imperfecciones que presentaba —déficit común a otros libros de este tipo—, añadiendo muchas notas, incorporando ejemplos ilustrativos, y rectificando algunas inexactitudes. Pero ante todo dominaba, tanto en la de Ruhig como en todas las gramáticas existentes hasta ahora, un evidente desorden en la enseñanza de los verbos, de manera que los estudiantes de ninguna manera podían sacar algo en claro de ella. Por ello he refundido por completo todo ese apartado y creo que ahora todo está expuesto de forma objetiva y clara. A este respecto, di sobre todo con unas notas que había esbozado ya hace más de diez años, de las cuales podía ahora hacer uso.

Sobre el dialecto del lituano, que es común en la Lituania que fuera en otro tiempo gran ducado, no he querido subrayar nada, pero no he podido por menos que incluir un par de fragmentos de los últimos libros que se han editado allí. Es sin duda llamativa la gran discrepancia de nuestro dialecto de aquí con respecto al de allá, tal como se evidencia en esas muestras. Pero en compensación bien pueden también los editores de aquellos libros vivir lejos, adentrándose hacia el este, en Vilnius y más allá de ella, donde desde luego el lituano, por una fuerte mezcla con el polaco y el ruso, ha variado mucho. Hacia el oeste, hacia la frontera prusiana, la diferencia va disminuyendo cada vez más y, cuando se oye hablar a un lituano de la nueva Prusia

oriental, la coincidencia con nuestro lituano, salvadas unas pocas palabras, es muy clara; incluso la flexión es la misma, y solo en el acento se percibe, aquí y allí, alguna pequeña diferencia. He querido aportar esta aclaración con el propósito de que nadie crea que el diccionario y la gramática no podrían ser convenientemente útiles para aquéllos que quisieran aprender la lengua lituana con vistas a la nueva Prusia oriental. Pues, además de que los hombres de negocios no tienen necesidad de un conocimiento totalmente claro de la gramática, la experiencia enseña que nuestro lituano de aquí es una y la misma lengua que la de la nueva Prusia oriental y que es entendida perfectamente por todo el mundo.

Como apéndice he añadido unas orientaciones sobre la poesía lituana. Todavía echamos en falta, en nuestro libro de cantos, traducciones de muchas buenas canciones alemanas. Quizá alguien con disposición para la creación poética se deje animar para verter buenas canciones al lituano o incluso para componer algunas de ese estilo. Ahí vale como regla básica el consagrarse plenamente a la obtención de una expresión lituana auténtica, rimas puras y una prosodia correcta, requisitos imprescindibles, pero perfectamente alcanzables, dado lo flexible, melódica y rica en rimas que es la lengua lituana.

Deseo que esta obra pueda contribuir a un aprendizaje más sencillo, al tiempo que más sólido, de la lengua lituana, y que se pueda alcanzar por lo tanto el objetivo previsto.

*El autor*

### *Segundo prólogo*

Cada lengua particular es, igualmente, una expresión, de la forma de pensar y de sentir del pueblo que la habla, de la misma manera que el lenguaje en general es el reflejo más artístico y variado del espíritu humano y de todos sus movimientos internos. Con la extinción de una lengua se

pierde siempre un retrato de la especie humana, incalculable, irremplazable por ninguna otra cosa, irrecuperable por ningún medio, una herramienta de expresión de pensamientos y sentimientos.

En toda lengua, por muy ruda y tosca que pueda ser, el espíritu del ser humano desarrolla armas de agudeza, capacidad de observación, discernimiento y perspicacia, lo cual es muy útil e importante para el estudioso de las lenguas, el psicólogo y el observador filosófico de los seres humanos. Para todos ellos, por ejemplo, es muy instructivo que en la lengua de Taití los “pensamientos” se designen como “palabras del vientre”, y para consideraciones gramaticales, psicológicas y antropológicas de este tipo cada lengua ofrece suficiente material con su estructura típica, su formación de palabras, su formación de compuestos, sus giros y expresiones.

Como además toda lengua está más o menos emparentada con otra, así como lo están todas ellas entre sí, precisamente por este parentesco la lengua se convierte a menudo, para el historiador, en un hilo conductor, gracias al cual puede seguir su travesía, de forma segura, entre las tinieblas de la antigüedad, y los laberintos de los orígenes, migraciones y confluencias de pueblos.

Por ello me parece que el interés de todas las grandes asociaciones y sociedades de eruditos exige colaborar, de toda guisa y con el mayor vigor posible, para que no se extinga ninguna lengua de aquellas poblaciones pequeñas, las cuales, debido al progreso continuo de la cultura, tanto en costumbres, usos y conceptos, como también con respecto a la lengua, se pierden y se incorporan paulatinamente a la gran masa de las famosas naciones dominantes, sin que antes se salven del derrumbe y se custodien de forma segura los documentos escritos del pueblo pequeño, sus crónicas, sagas, cancioncillas, mitos, tantos como tenga, o sin que al menos se elabore un diccionario completo de esta lengua.

La lengua del lituano prusiano reúne todas las razones aducidas para hacerla importante a los ojos de cualquiera que vele por el interés científico y para desear un dicciona-

rio completo suyo, dado que, debido a su escaso número de hablantes, está amenazada de ser computada pronto entre las lenguas muertas.

Como toda lengua de un pueblo pequeño y de vida sencilla, es pobre en aquellas palabras y conceptos que son el fruto de la cultura y la filosofía y que son requeridas por las mismas, pero tiene, sin embargo, un alto grado de plasticidad y un elenco suficiente de palabras raíces para la expresión de pensamientos y emociones, por lo cual se adapta dichosamente a la traducción de la Biblia, de la clase de religión cristiana (catecismo) y de los cantos religiosos.

Su lengua presenta unas particularidades, con unas determinadas terminaciones de los casos en las declinaciones, sin artículo, y de las personas en las conjugaciones, en su mayor parte sin largos verbos auxiliares, con la riqueza de matices temporales en los modos y la riqueza de los participios, así como con el dual, que recuerdan a perfecciones similares de la lengua griega y en parte también de la latina, y que especialmente a nosotros, los alemanes, con los pesados artículos de nuestra lengua, con la sobrecarga de verbos auxiliares, con la escasez de participios y de los matices temporales de las palabras flexivas, podrían provocarnos envidia.

A través de este parentesco, el lituano, como lengua eslava, se asocia al polaco, al ruso, al bohemio, al serbio y a dialectos similares. Y las muchas palabras raíces que le son propias, con las cuales ninguna de sus lenguas hermanas presenta similitud alguna, parecen ser restos de la lengua del pueblo original, que habitaba en la costa sur del Mar del Este, del cual ya encontramos menciones en los historiadores más antiguos y que, desde la llegada de los alemanes a Prusia, sobre todo debido a su crueldad devastadora, ha desaparecido sin dejar huella alguna. Deberían añadirse a ello algunas sagas populares mitológicas y nombres de dioses. Todas las informaciones sobre este peculiar pueblo original podríamos esperarlas solamente de la lengua lituana o letona, pues también la lengua letona parece conservar algunos restos de aquella lengua original, lo cual se torna

evidente especialmente a partir de los parecidos de sus sagas populares y de la historia de sus dioses con las que conocemos de los antiguos prusianos.

Si alguna vez un estudioso minucioso de las lenguas pusiera en marcha investigaciones sobre las raíces de las lenguas eslavas y de sus hermanas góticas (lo que incluye también el alemán), no será entonces pequeño el servicio que le prestará la lengua lituana en esa empresa.<sup>2</sup>

Con placer he leído, en uno de los ejemplares de la gaceta literaria del año 1797, que un profundo conocedor de los dialectos eslavos (el largo y erudito artículo lo confirma como tal) se comprometía a demostrar el origen común de las familias lingüísticas eslava y gótica.

Este artículo, por paradójico que pueda parecer a primera vista a un lego, me ha resultado iluminador, dado mi conocimiento y familiaridad con ambas lenguas. Se reiría el lector, y lo consideraría una exageración fruto del entusiasmo, si yo quisiera hablarle de un parentesco todavía más noble del pequeño idioma lituano, no con uno más pequeño..., sino con el gran griego.

¡Pero que vea y escuche!

El griego dice: Θεος δεδοκε οδοντας, Θεος δοσει και αρτον

El lituano: Dievs dàwe Dantis, Dievs dus ir Dunòs.

El griego: Ημεις εσμεν αβιοι, μη αναζαθι δεσποτα εκ δομου ημων

El lituano: Wes esmenabagai, ne atsdot, Wiekzpati, isz Pammâ musû.

Como el propio lector puede ver, hay aquí una correspondencia en el sonido, casi palabra por palabra, pues en todo momento he confrontado de forma paralela el lituano con el griego. Pero también el significado de las palabras que suenan igual, e incluso de las oraciones, es idéntico. Pues la primera frase, tanto en lituano como en griego, significa en nuestra lengua: “Dios ha dado dientes, dios dará

---

2 Debería aquí usarse preferentemente la obra de Jerónimo Megiseri sobre la coincidencia de las veinte lenguas eslavas, obra que yo, idesgraciadamente!, solo conozco por un par de citas.

también pan”.

La expresión literal de la otra frase es la siguiente: “Somos pobres, no te levantes (no te vayas) de nuestra casa

Si al parecido del sonido y a la igualdad del significado de una parte no pequeña de las palabras raíces lituanas con las de la orgullosa lengua de los griegos, añadimos el parecido, arriba mencionado, de las declinaciones, conjugaciones, modos y dual, entonces el viejo Ruhig, con sus ingenuos y pretenciosos paralelismos entre el lituano y el griego, pudiendo haber errado aquí y allá, podría haber estado más afortunado, sin embargo, que lo está el más grande poeta y gramático de nuestro tiempo con sus paralelismos entre el griego y el alemán, quien, como es sabido, otorga a nuestra lengua materna alemana la palma por delante de todas las otras lenguas neo-europeas, entre otras cosas, también porque puede decir *Enten*, igual que el griego *ενθεν*.

Este parecido innegable, o más bien identidad de sonido y significado, de al menos seiscientas palabras raíces del lituano y el griego, es para mí solamente una prueba más de lo acertado de las opiniones del erudito Junio, el cual, en su diccionario gótico de raíces, que suele ir adjunto a los evangelios de Ulfila, deriva el gótico hasta el griego.

Un rasgo llamativo de la lengua original, presente en la lengua lituana, creo encontrarlo, entre otras cosas, en el hecho de que, según qué diferentes objetos, los designan con diferentes palabras. Si nosotros, los alemanes, por ejemplo, a un ser humano, a un caballo, a una chaqueta, los llamamos “grises”, siempre con una sola y misma palabra, el lituano por su parte tiene denominaciones muy diversas para el color gris de esos diversos objetos; de manera similar a como los habitantes de Tahití tienen un nombre especial para la cola de cada uno de los animales que les son conocidos.

Las pequeñas canciones de amor de los lituanos, llamadas *dainos*, respiran una naturalidad, intimidad y sentimiento de ternura, que las hicieron valiosas ante los ojos de un hombre de espíritu y corazón como Lessing, el cual, como es sabido, también las ha ensalzado ante la nación

alemana; los proverbios y las narraciones, hasta entonces menos conocidos, tienen el sello de la gracia, del espíritu observador y del saber aportado por la experiencia, como es propio de las mejores creaciones espirituales de este tipo.

Además del interés científico, que debe definir al editor de un diccionario lituano, hay también un peculiar interés nacional, que debe ser sagrado para todos los patriotas de los pueblos pequeños.

Los lituanos, como todo pueblo que se distingue de los otros por la lengua y las costumbres, tienen un apego especial a su lengua,<sup>3</sup> y sus superiores, de todo género, no tienen un medio más seguro de granjearse su amistad que hablándoles en la lengua de su linaje. De ahí entonces que las clases de la juventud, en las escuelas, y las clases del pueblo, en las iglesias, siempre sean impartidas exclusivamente en la lengua lituana. Dado por otra parte que son por lo general alemanes, por ejemplo prusianos o silesios, los que prestan estos servicios en Lituania, en las escuelas e iglesias, para ellos especialmente debe ser un regalo oportuno un diccionario mejorado y completo de la lengua lituana, mientras que el de Ruhig, al margen de todo su mérito imborrable y de sus rasgos dignos de mérito, no solo dejó algo que desear, sino que también (lo que confirma especialmente la necesidad de una obra de este tipo) está agotado, y debe ser computado prácticamente entre las rarezas bibliográficas. Si alguien quisiera decir que con la introducción de la lengua alemana entre los lituanos, por medio de las clases en escuelas e iglesias, se les proporcionaría un importante medio de participación en las ideas, y desde luego de ilustración y cultura, y que ellos se acostumbrarían a la lengua alemana, la cual ya en parte entienden, al menos para el uso diario, de la misma manera que entre nosotros el hombre común, al margen de su dialecto popular de alemán coloquial, aprende a entender el dialecto culto, e incluso a

---

3 Que el autor hable aquí, y más adelante, de las peculiaridades nacionales del lituano, se desprende de su propio conocimiento íntimo, en otro tiempo, de este pequeño pueblo; vivió largo tiempo entre ellos y cuenta entre sus amigos a varios hombres de bien lituanos, de formación nada ordinaria.



instruirse en él con libros, entonces puede decirse que, contra lo saludable de esta introducción de la lengua alemana no puede reprocharse nada, salvo que, dado el actual apego de los lituanos a su idioma nacional, es absolutamente imposible. Pero esta predilección del lituano por su lengua no es solo muy disculpable, sino sobre todo digna de respeto, a causa de las costumbres no corruptas de este pequeño pueblo, que el mismo agradece, al menos en parte, a aquel patriotismo.

Los lituanos tienen todas las virtudes de los pueblos pequeños y aislados, y pocos de sus defectos.

Especialmente digno de respeto es la comprensión y la camaradería que muestran los unos para con los otros, su conmiseración con el desdichado, su hospitalidad para con el extraño; muy rara vez se dan entre ellos casos de grandes criminales. Se distinguen, sea dicho en su honor, de su vecino público, los polacos, por un amor propio que raya el orgullo, mientras que el observador encontró censurable entre estos últimos, desde siempre, un cierto espíritu de adulación y servilismo. La encomiable autonomía del carácter nacional lituano queda delatada por el hecho de que dicho rasgo noble no se diluyó, ni siquiera, durante los varios siglos de dominio ininterrumpido de los polacos sobre la nación. Las mujeres y chicas de los lituanos han sido elogiadas desde siempre por su exquisita castidad; y redundan en su honor el hecho de que la lengua no tenga ninguna palabra propia para el vicio de la infidelidad, y que por ello en las Biblias y catecismos lituanos el sexto mandamiento “no debes romper el matrimonio” solo pueda ser traducido mediante un circunloquio.

Orgullo nacional, proclive a la embriaguez, y superstición son quizás los únicos defectos que se podrían reprochar a los lituanos. Pero cuanto más se alumbren con la luz de los nuevos vecinos occidentales, tanto más su orgullo nacional se traducirá en respeto general por el ser humano y ya no dirán, como ahora dicen con una de las máximas habituales en su lengua: “Fíjate, el alemán quiere ser inteligente, como un lituano”, de manera similar a como el

groelandés suele decir de un europeo al que quiere elogiar que es un groelandés.

Su proclividad a la embriaguez se irá perdiendo poco a poco con más cultura, de la misma manera que se pierde poco a poco entre nuestro hombre común.

Una juventud ilustrada y fiable, y los maestros de pueblo, sabrán finalmente protegerlos de los errores y prejuicios de la superstición.

Ahora bien, el diccionario lituano del señor Mielcke contribuirá de forma privilegiada, así lo esperamos, a conseguir todos estos venerables objetivos. El autor de este prefacio, un auténtico admirador de la lengua y nación lituanas, se sentirá especialmente obligado con el mencionado editor.

Daniel Jenisch

Berlín, 7 de noviembre de 1799

### *Tercer prólogo*

Las razones para la introducción de una lengua común de país o de Imperio en un Estado heterogéneo son las mismas que postulan la conveniencia de una lengua común para toda la tierra, y se refieren preferentemente a la ventaja de una depuración y simplificación de las leyes, a la ganancia fruto de una dependencia y tránsito más estrechos entre cada una de las partes, y a la consiguiente participación de unos y otros en la cultura y en la ilustración.

Sobre todo parece que el acercamiento y la hermandad de los sectores aislados de un cuerpo estatal son promovidos por la unidad de la lengua.

José II defendía una lengua común de país; Federico II, por el contrario, permitió a las provincias de su Imperio, sin restricciones, la lengua de sus padres y antepasados.

Si, mientras tanto, se reflexiona sin prejuicios sobre este asunto, entonces las ventajas de una lengua común de país parecen ser más aparentes que reales, más desaconsejables que aconsejables.

Pues, por lo que respecta a la lengua del país, tan solo se

requiere de su traducción a la lengua de la provincia, lo cual no es ni difícil ni costoso.

Y dado que la ausencia de una lengua mundial común hace imprescindible, para las interrelaciones científicas y comerciales, el aprendizaje de muchas lenguas vivas, así como las artes y las ciencias necesitan del conocimiento de muchas lenguas muertas, por ello el aprendizaje de una lengua provincial no puede suponer ninguna dificultad para quienes están empleados en la provincia. Que los funcionarios aprendan la lengua de los de la provincia es incluso más natural que la provincia aprenda la lengua materna de los funcionarios.

Igualmente la participación en la cultura y en la ilustración depende muy poco de la existencia de una lengua común de país o de Imperio, antes bien se promueve por la necesidad, y por el comercio que sobreviene por sí mismo.

Por el contrario, en efecto, una vez conseguida de verdad la fusión de las diferentes provincias a través de una lengua común, todavía queda por dilucidar sin embargo si la misma es ventajosa o perjudicial para los intereses del Estado; al menos este asunto es muy relativo y depende de la mayor o menor masa de virtudes y defectos que se compartan.

Por lo que respecta a este punto, la fusión con otras provincias podría suponer tal vez una pérdida para Lituania.

El lituano prusiano es, por término medio, hospitalario, gentil, amigo de la humanidad, valiente.

Se distingue por su satisfacción con el estado actual de cosas, es muy doméstico y nada amigo de encuentros frecuentes, y todavía menos de sociedades secretas.

Ama la comunicación íntima de las experiencias generadas en los oficios e industrias manuales, la cual solo tiene lugar en círculos estrechos y amigables.

Venera la religión de sus padres y, si al mismo tiempo no está todavía del todo libre de la superstición, no puede, sin embargo, discutirsele que progresa en ilustración. Su cuerpo es fuerte y resistente, pese a las fatigas de la guerra.

El lituano es por naturaleza servicial; vive sin intereses y

odia al usurero. Además es generoso, no pendenciero, aunque se venga en seguida, y en el acto, de las ofensas; pero por eso mismo se apacigua fácilmente y permite llegar a un acuerdo. Por lo general, como agricultor se distingue de otros por su diligencia y astucia.

Pese a su enorme apego a las costumbres antiguas, se somete a las nuevas ordenanzas y leyes de los superiores, preferentemente si se le entregan en su propia lengua.

Injustamente se le reprocha el ser desconfiado y falso. En el fondo, simplemente es reservado ante otras naciones, especialmente ante los alemanes, porque vive en la ilusión de que no puede aprender nada de ellos, y de que al contrario puede perder mucho. Esa reserva no es en realidad un defecto de su temperamento, no se manifiesta contra los nativos, sino solo contra los colonos extranjeros, especialmente contra aquellos extranjeros y alemanes que hacen su aparición en la provincia como altos funcionarios con proyectos de innovación.

Si se tiene en cuenta cómo subyace a la condición humana, y quizás incluso a una razón sana, y cómo supone cierta fortaleza y determinación del espíritu no abrir su corazón a cualquiera, ni agarrarse, sin más ni más, al primer y mejor brazo, entonces no se utilizará ese rasgo de la nación lituana como motivo de reproche. Y le tendrá menos en cuenta su carácter reservado quien sepa además cómo esta nación ha tenido ocasión de convencerse de los fracasos de algunas innovaciones contrarias al conjunto social, así como también de soportar las presunciones y prejuicios de los extraños.

Entre los rasgos congénitos del lituano se cuenta la adoración sin límites al rey, al que denomina en su lengua materna, con afecto y siempre descubriéndose la cabeza, el “rey benigno e independiente”. A continuación va el amor a la patria. Por amor a la patria, por su especial apego a la tierra heredada, el lituano no gusta de marchar al extranjero, y no cambia fácilmente a su patria por otra. El apego a su suelo y tierra genera en él un sentido de comunidad que se manifiesta en todo. Junto al féretro del vecino, muestra

primero su condolencia al heredero más próximo y después añade una advertencia: ¡Pero conservarás lo paterno (*Tewisstes*)! De esta manera el lituano se hace buen ciudadano y soldado.

Las lituanas tienen una constitución más fuerte, pero son también más hogareñas, trabajadoras y curiosas que las mujercitas alemanas. Después se tornan tan casaderas como ellas y solo pueden ser seducidas bajo la simulación de matrimonio; no se entregan tampoco a cualquier precio. Enfermedades venéreas y otras son por ello menos frecuentes entre ellos que en otras naciones.

Su predilección por la lengua no es para el lituano una cuestión de obstinación, sino de intuición de que con el cambio de la misma sus costumbres sufrirían menoscabo. Su propia lengua es rica en máximas y sentencias morales, y en dichos ilustres. Con ellos siembran en las almas de la juventud las semillas de la integridad y de las virtudes nacionales.

Los lituanos son amantes del canto. Cantan y se alegran, antes y después del trabajo, y sus canciones (*dainos*) exhalan los tiernos sentimientos del amor y la amistad.

Se distinguen por su obstinación, a juicio de otros, y por la rectitud de sus juicios. De ahí lo acertado de los apodosos que se ponen, y que designan con tanta propiedad lo individual de cada carácter, así como lo que de él sobresale.

No van a casarse a ninguna nación extranjera y, tan pronto como pueden, no hablan en absoluto el alemán; por el contrario niegan su lengua cuando sirven a los alemanes para no exponerse a ninguna burla.

El que haya comprobado la influencia perjudicial de la lengua y costumbres alemanas en los lituanos que viven en la frontera o cerca de las ciudades, estará convencido de que el lituano, con su lengua, perdería al tiempo su carácter nacional.

Así pues, en esas circunstancias, parece bastante ventajoso dejar al lituano su lengua. Por ello también es necesario, especialmente con respecto a los maestros de iglesia y de escuela, escoger la lengua lituana. El lituano de clase

humilde, de las tierras llanas, no está escolarizado. El de las ciudades sustituye desde luego su lengua y su singularidad nacional por la lengua y los principios alemanes, pero solo suponen una pequeña parte del todo.

Habría por ello escasez de predicadores y maestros de escuela si los hijos no quisieran seguir los pasos de sus padres. Precisamente por eso son extranjeros, silesios, pomeranos, en general alemanes, los que buscan cualificarse para los puestos de predicadores y maestros de escuela. Deben aprender la lengua, lo cual se les complica mucho por la carencia de buenas gramáticas y diccionarios. Por ello su conocimiento y su desenvoltura con la lengua son también a menudo muy imperfectos.

Es increíble cuánta confianza gana el maestro, y el juez, en sus lecciones y órdenes respectivamente, cuando dominan la lengua del pueblo.

¡Cuánto agradecimiento merece por tanto el autor de este diccionario por el hecho de habernos provisto del medio más seguro e idóneo para ello!

El señor Mielcke, de oficio director de coro catedralicio, es por lo demás un hombre cuyo talento y conocimientos lo facultan para las pretensiones, más que fundadas, de obtener todo puesto que se proponga, más eminente que el que ostenta actualmente. Agradecemos a su humildad y a su loable consideración por las jerarquías, con lo que ha sido profundamente útil a su patria, el que no haga valer esas pretensiones, y que dedique antes bien toda su vida activa a la instrucción y a la enseñanza de la juventud; contribuye al bienestar general de su patria no solo con ello, sino que también lo promueve con escritos que, como este diccionario, tienen un especial valor, y a los cuales dedica sus horas de sosiego tras las ocupaciones diarias.

Si este hombre, nada pretencioso, encomiable, no recibiera de sus contemporáneos ningún reconocimiento, entonces el recuerdo de la posteridad lo resarcirá y el agradecimiento de sus postreros nietos lo conmemorará.

T. F. Heilsberg

Königsberg, 29 de diciembre de 1799

3.  
EPÍLOGO DE UN AMIGO  
**Immanuel Kant**

Que el lituano prusiano merece sobremanera conservar su idiosincrasia y, dado que la lengua es un transmisor privilegiado para la configuración y conservación de la misma, también su pureza, y ello tanto en las lecciones escolares como en las impartidas desde el púlpito, bien se puede juzgar por la descripción anterior. A ello añadido que, alejado de toda forma de adulación, más que sus pueblos vecinos, el lituano está acostumbrado a hablar con sus superiores en tono de igualdad, confianza y franqueza, que no deben tomarse a mal, así como tampoco negarse, esquivos, a estrecharle la mano, porque en compensación el lituano, siempre que lo requieren, se muestra condescendiente. Se trata de un orgullo, o más bien de consciencia de su propio valor, alejado de toda altanería y distinto del de una nación vecina —cuando alguien destaca entre ellos—, el cual sugiere valor y al tiempo es garantía de su lealtad.

Pero al margen del provecho que el Estado puede extraer de la existencia de un pueblo de tal carácter, tampoco se debe minusvalorar la ventaja que pueden extraer las ciencias —especialmente la historia antigua de migraciones

de pueblos— de una lengua, todavía no diluida, perteneciente a un linaje ancestral, ahora reducido a un territorio pequeño y al tiempo aislado; por ello es de gran valor conservar la peculiaridad de dicha lengua. De ahí que lamentara Büsching la muerte prematura del ilustre profesor Thunmann, de la Universidad de Halle, quien había puesto sus energías —tal vez a costa de una excesiva fatiga— al servicio de estas investigaciones.

Por lo demás, aun cuando tampoco pudiéramos esperar un provecho ciertamente tan grande de toda lengua, sin embargo, para la formación de todo pueblo pequeño en un país, por ejemplo en la Polonia prusiana, es importante instruirlo, tanto en las lecciones de las escuelas como en las de los púlpitos, según el modelo de la lengua más natural (el polaco), aunque solo se hable fuera del país, y hacer dicha lengua más accesible cada día; porque de este modo se torna más razonable la singularidad del pueblo, al tiempo que más ilustrada su mentalidad.

I. Kant



#### 4.

### EL CONCEPTO DE LA ESPIRITUALIDAD EN LAS CULTURAS FRANCESA Y ALEMANA<sup>1</sup>

**Emmanuel Lévinas**

#### *Nota de la traductora*

El ensayo de Lévinas 'Dvasiškumo supratimas prancūzų ir vokiečių kultūroje', escrito por el filósofo en idioma lituano a los 27 años de edad, se publicó en Lituania en 1933 en la revista mensual *Vairas*, fundada en 1929, que circuló hasta la ocupación de Lituania por los soviéticos en 1940. El medio escogido por Lévinas para publicar su artículo escrito en lituano era la más importante revista cultural y política de Lituania, dirigida al público en general. La casa editora de la revista era la Compañía Anónima Pažanga, parcialmente subsidiada por el gobierno. Además de *Vairas*, la editorial Pažanga publicaba un diario de circulación nacional, *Lietuvos Aidas*, así como numerosas revistas y libros. El edificio de la editorial se encontraba en el número 29 de la principal avenida de la ciudad de Kaunas, y la librería del padre de Lévinas estaba en el número 25, con solo un edificio de por medio. Por tanto, es más que probable que Lévinas conociera personalmente a sus editores.

La fecha de la publicación es el año 1933. En aquel momento, Lituania era culturalmente un país enfocado hacia Francia, mientras que de la vecina Alemania empezaban a soplar aires nazis. El nazismo todavía no había manifestado sus sanguinarias tendencias, pero, al convertirse en partido de gobierno, su contraste con la cultura francesa se convertía en un tema

---

<sup>1</sup> Traducción del lituano de Jurate Rosales.

no solo ético, sino político.

En enero de 1933, Adolfo Hitler tomó el poder al ser nombrado canciller de Alemania. En Alemania, el libro-bandera del nacional socialismo, *Mein Kampf*, del que se habían vendido 3.000 ejemplares en 1929, pasaba a la cifra de 90.000 en 1932 y saltaba a un millón en 1933.

En Lituania, en 1933, el influyente periodista Valentinas Gustainis, editor jefe del diario *Lietuvos Aidas*, publicado, como hemos dicho, por la misma empresa Pažanga que editaba *Vairas*, escribió un sonado editorial en el que denunció el pensamiento desarrollado en *Mein Kampf*, acusando a Hitler de “dirigirse a la conquista del mundo” y hacia lo que podría desembocar en “un genocidio”, agregando una observación que resultó trágicamente profética: “El adelanto de la química, principalmente en la producción de diversos gases horribles”, podría llevar, incluso, siguiendo ese rumbo, a “actos de exterminio racial”.

En ese mismo año, el escritor lituano Ignas Šeinius terminó de escribir una sátira del nazismo que se publicó en 1934 y gozó de enorme éxito en Lituania. El libro se llamaba *Siegfried Immerselbe atsijaunina* (Siegfried Immerselbe se rejuvenece, dejando claro que el supuesto apellido *Immerselbe* significa en alemán “siempre el mismo”). El tal Siegfried representaba a un alto oficial nazi en busca de la juventud eterna a la manera de Fausto. Logra rejuvenecerse con inyecciones provenientes de un donante judío, transformándose en una persona de rasgos judíos, pero sin dejar de ser un prominente y convencido dirigente hitleriano, lo cual da lugar a situaciones de altísima comicidad cuando empieza a sufrir discriminación. (El libro fue posteriormente traducido al sueco y al inglés.)

Ese era el ambiente en el que Lévinas, encontrándose en Lituania donde solía pasar sus veranos, escribió para *Vairas*, revista de referencia en temas culturales y políticos, un artículo que hoy podríamos interpretar como la respuesta del filósofo a un asunto que era de actualidad.

Cabe observar que si bien, a todo lo largo del artículo, Lévinas no emite opinión a favor de ninguna de las dos culturas —francesa o alemana—, sus últimas palabras son particularmente severas hacia el concepto alemán, sin perdonar, por otra parte, al racionalismo francés sus propias limitaciones. Lévinas se sitúa ajeno a ambas tendencias, siempre hablando de franceses y alemanes en tercera persona, sin identificarse con ninguno de ellos. Sería interesante comparar la fecha del artículo de Lévinas en *Vairas*, una casa editora que ya denunciaba en otras publicaciones la peligrosidad del nazismo, con la fecha de su distanciamiento del pensamiento de Heidegger.

En este estudio resaltaremos los principales rasgos del concepto de espiritualidad en los franceses y en los alemanes. Ese concepto no guarda en todas partes el mismo significado, pero en todas ocupa el lugar cimero en la jerarquía de valores. Describir con exactitud y caracterizar las

diferencias existentes en la concepción de la espiritualidad formal es definir de modo concreto en qué consiste lo ideal, penetrar con la mirada en el más íntimo secreto del hombre individual o colectivo.

1. René Descartes, el más puro intérprete del genio de los franceses, al ampliar la antigua tradición de Platón, dejó una huella imborrable en la comprensión de la espiritualidad de su nación. Recordemos su famosa teoría de la separación de cuerpo y alma. El cuerpo y el alma serían completamente ajenos entre sí. Allí radica lo original de esta teoría. Hasta entonces, la unión entre las sustancias espiritual y material en el hombre había sido, según Aristóteles, evidente. En cambio, para Descartes, esas dos sustancias no tienen nada en común y solo las puede unir la voluntad de Dios.

Pero, precisamente por eso, la vida psicológica del hombre, nacida de la unión de las dos sustancias, no es solo espiritual. El cuerpo puede participar de la vida psicológica, pero, dado que en su esencia no posee nada que sea común ni emparentado con el alma, de esa unión viene la contaminación del alma por el cuerpo y, por ende, la psicología contaminada por el cuerpo debe ser erradicada del concepto de la espiritualidad pura. Descartes reprueba la percepción a través de los sentidos, porque, en su opinión, con esa percepción no captamos la realidad, sino que buscamos el beneficio; porque la búsqueda del beneficio nace de la unión del espíritu con el cuerpo. Descartes crea la geometría analítica porque desconfía de la imaginación, incluso de la geometría de Euclides que utilizaba figuras. En última instancia, incluso nuestros sentimientos, nuestras percepciones y pasiones en la vida deben ser borrados de la espiritualidad pura.

De esta manera, y esto es lo más importante, vemos la espiritualidad no solo como algo separado de la materia inerte, sino que también la vemos ubicada en un nivel superior a cualquier fenómeno biológico. La biología es parte de lo físico. La vida biológica, pensaba Aristóteles, no nece-

sita de ningún principio espiritual. Un animal es un mecanismo complejo, puramente físico, carente de lo espiritual.

La verdadera vida espiritual está en otra parte. El espíritu —y esto ha sido característico de la cultura francesa hasta ahora— es el pensamiento puro, superior a la imaginación, a los sentidos, a las pasiones. El más alto nivel del espíritu se encuentra en la obra teórica del matemático o del físico. El científico olvida su propia individualidad y busca, más allá de sus sentidos, formas matemáticas intelectuales.

Esa es la clave del llamado positivismo francés. No es el positivismo vulgar de una filosofía popular, sino el convencimiento de que solo el razonamiento teórico realiza el alma y solo las ciencias exactas realizan la razón; en todo lo demás reina una absoluta anarquía, una mezcla confusa de percepciones y de biología, el reino de la materia. El filósofo contemporáneo al que más escucha la juventud francesa actual —Léon Brunschvicg— ha dedicado sus obras al progreso de la conciencia. Ese progreso de la conciencia dirige la mente de la humanidad hacia las matemáticas: para Brunschvicg, la matemática es la verdadera vida interior, más profunda que la intuición de los místicos y los delirios de los “iluminados”. Para él, el verdadero ser del individuo se manifiesta a través del razonamiento teórico no personalizado. ¡La vieja paradoja del idealismo francés! Lo mezclamos con el positivismo porque Brunschvicg vislumbra la esencia del alma en el razonamiento matemático y para él, la razón adquiere vida y acción solo a través de la ciencia moderna. Sin embargo, esto no tiene nada en común con el positivismo simple y de miras estrechas. En la ciencia, solo le interesa la función de la razón, que disolverá las tinieblas de los instintos y, al traspasar la vida biológica, la liberará y transformará.

Por supuesto que, a pesar del abismo que separa lo espiritual de lo vital, el francés no niega ni desprecia lo último en su vida diaria. Sin embargo, para él, esa diferencia entre ambos es absoluta, radical. Le resultaría ambiguo un fenómeno que fuese mitad espiritual, mitad corporal. Veremos más adelante que el alemán no piensa así.

El francés no solo identifica la espiritualidad con la razón, sino que está convencido de que el mundo en su esencia es inteligente. De ahí que vea en la espiritualidad la fuerza. Las ideas claras y el razonamiento lúcido logran mucho en la realidad psicológica y social, aunque se encuentre a un nivel biológico si la dominan las pasiones. Basta conocer a los filósofos del siglo XVIII, como Diderot, D'Holbach, Helvetius, para convencerse que incluso los más puros partidarios del materialismo siguen esa tradición de la cultura francesa. Su materialismo no les conduce a concluir que el hombre sería completamente incapaz de oponerse a la naturaleza. Basta que los hombres conozcan de manera más racional la realidad social para que la ordenen más inteligentemente. En la psicología social e individual no hay fuerzas ocultas que puedan oponerse a una razón lúcida. En cambio, para los seguidores de Marx, la razón pura no posee fuerza: cuando la razón quiere gobernar y transformar la realidad psicológica, destruye la base material de esa realidad. El francés materialista del siglo XVIII cree que puede reformar a la gente actuando directamente sobre su psicología. Actuar significa ilustrar. Solo se podrá alcanzar el bienestar cuando, deseándolo racionalmente, sepamos influir en la mente de la gente, cuando todos deseen lo mismo, sin consideración de sus propios intereses o su situación particular. No hay que confundir el universalismo de la época de la Ilustración con el internacionalismo moderno. Su fundamento no es el interés común, sino la razón universal que hace que los mismos valores eternos sean obligatorios para todo el mundo.

Salvo algunas desviaciones, hasta los políticos franceses contemporáneos resuelven los problemas mirándolos a través de la lente de lo universal. Las luchas políticas son luchas de ideas. La mejor prueba de la influencia de la razón cartesiana en la vida política está en el juicio de Dreyfuss. Se le interpreta como un simple error del tribunal, más útil que dañino a los intereses inmediatos del Estado en aquel momento. Pero ese error desencadenó una tempestad de pasiones durante una década, porque tocó la idea

de la justicia, abstracta, severa, fría, pero racional, y por ende cautivó el alma de los franceses.

De la misma manera se puede explicar la característica preocupación de los franceses por la moral del mundo, que apela directamente a la razón y es aceptada por ser justa. Fueron muchos los esfuerzos hechos en Francia para crearla: los moralistas del siglo XVIII y los de ahora, como Durkheim, Rauh, Levy-Bruhl, parten de la convicción de que la espiritualidad del hombre radica en su razón, que el hombre es capaz de racionalizar y pensar sus actos y que, como dijo Pascal después de medir también otras profundidades del alma humana, “la dignidad del hombre está en su pensamiento”.

2. Acabo de mencionar a Pascal. Nos recuerda hasta qué punto este análisis es breve e incompleto. No nos revela aquel concepto francés de espiritualidad que podríamos llamar la tradición de Pascal y que existe al lado de la tradición de Descartes. Allí habríamos podido encontrar rasgos comunes con la espiritualidad de los alemanes. Pero ¿existe tal espiritualidad en la cultura alemana? La cultura alemana heredó en parte las tradiciones de la antigüedad y en parte las francesas. Sin embargo, al lado del cartesianismo de Leibniz o de Kant, que los kantianos de Marburgo inflaron al extremo, en Alemania existe además otro concepto distinto de la espiritualidad, que cobra fuerza en los románticos y en los inicios del siglo XX y, en nuestro tiempo en particular, florece esplendorosamente.

El fundamento de ese punto de vista es la busca, en el ser humano concreto, de un soporte más profundo para la razón. En vez de separar, como Descartes, cuerpo y alma, los alemanes parten de la existencia espiritual concreta. En términos de ese concepto, el “cuerpo” y el “alma” de Descartes son solo una abstracción. De tal manera que la esfera de lo vital, junto con todo lo que la expresa en la vida psicológica, constituye la esencia fundamental del alma. El hombre es ese “yo” concreto, preocupado por su destino, angustiado ante la muerte: la mira a los ojos o huye de ella.

Esa angustia y las experiencias que nos brindan los sentidos y las emociones son la tragedia de la existencia humana: el amor, el odio, las pasiones y el despecho constituyen un solo complejo dramático. En ese drama se manifiesta la espiritualidad. Según ese concepto, el espíritu no es, como en Descartes, una tranquila y fría observadora que no desciende a las zonas de luz y oscuridad de nuestros instintos. Si el francés pudiese encargarse de dispersar las sombras proyectadas por el cuerpo, no le concedería a esas perturbaciones individuales el más mínimo significado espiritual. Corneille, Racine, Molière en su teatro, Stendhal, Flaubert, Balzac en sus novelas clásicas, tratan de organizar el caos psicológico, de comprender su origen y su mecánica a partir de alguna pasión o idea. No hallan satisfacción en ese caos del alma humana; más bien buscan sus causas, tratando de desarrollarlas en forma lógica. Por el contrario, el alemán, con su sensibilidad innata, se interesa por ese drama interior, esa angustia ciega que no obedece a la razón. Los alemanes ven en ello la riqueza de las profundidades del alma. Comprender la espiritualidad no significa conocer el alma humana a través de la razón, sino vivir sin intentar huir de la vida, conocer la desilusión, el dolor, la alegría. Ese conocimiento es la verdadera vida del alma. Tratar de evitar los abismos y pecados de la vida, querer esconderse de ellos a la luz de la razón, equivaldría a perecer. ¿Acaso la razón no es el olvido de los abismos creados por la angustia? ¿Acaso la razón, con su excesivo resplandor, no deslucen los más destacados rasgos de la vida? ¿Acaso no destruye la complejidad y riqueza de la vida, como la espada de Alejandro, eterno símbolo de la razón, que corta los nudos, pero no sabe desatarlos?

Pero esa concreción del alma no implica su materialización. Esas fuerzas, unidas a la vida biológica, esa ansia sexual, el miedo a la muerte, no son fenómenos físicos. Son fuerzas oscuras, pero no ciegas. La particularidad de ese punto de vista es que el contenido de la conciencia, las impresiones, las sensaciones, las querencias, “se dirigen hacia algo” y revelan el significado metafísico del destino huma-

no. Los fenomenólogos modernos de Alemania (Husserl, Scheler, Heidegger), señalan en sus hermosos análisis toda esa llamada intencionalidad del contenido de la conciencia, subrayan la espiritualidad de todos estos componentes elementales de la conciencia que Descartes y Spinoza rebajaban a un nivel inferior de la psicología.

Pero la creencia en la espiritualidad de esos componentes psicológicos elementales no es puramente filosófica. Está profundamente anclada en el alma de los alemanes. Comparemos la novela ligera alemana con la francesa. En ambas, el autor, buscando un mayor tiraje, describe escenas de ambiente sensual. El francés sabe muy bien de qué tipo es la realidad que describe; si habla del amor físico, el amor es primero físico y no enreda los detalles de ese amor con tiernos sentimientos de amor espiritual. De eso no habla su novela. El francés no incurre en consideraciones filosóficas en su novela pornográfica. A lo sumo, se conforma con un epicureísmo burlón, que presenta los placeres tal como son, o sea, como un elemento ciego de la conciencia. Los placeres son experimentados pasivamente y no revelan nada. En la novela alemana del mismo género, por el contrario, los elementos espirituales y físicos se entrelazan. Las vivencias sexuales de personas insignificantes nos revelan verdades metafísicas. Esa misma diferencia está igualmente presente en la buena literatura. Gide y Giraudoux, por ejemplo, a menudo describen el campo de las sensaciones primitivas. Pero la vida espiritual de sus personajes es más bien un eterno análisis de una vida de deseos, mas no de los deseos mismos. Hay una especie de pudor en la literatura francesa, si bien en el exterior se le ve de otra manera.

Otro síntoma del concepto de espiritualidad de los alemanes es su interés por el psicoanálisis. Resaltar la vida sexual como un factor psicológico no nos interesa desde el punto de vista filosófico. No nos enseña nada. Menos aún interesan los diversos sistemas fantasmagóricos de los dogmas de Freud y sus ramificaciones, su llave de los sueños y su terapéutica, exacta o no, como lo son todas las terapéuticas del mundo. Desde los tiempos de Leibniz, el



concepto del subconsciente adquirió derecho de presencia en la filosofía, pero casi siempre pertenece al ámbito intelectual, como un aspecto complementario de la conciencia. Pero según Freud, la vida racional consciente y clara no es sino la espuma de una verdad espiritual más profunda. Esa verdad espiritual no es ningún pensamiento objetivo, sino la *libido* emotiva y dramática. La verdad espiritual no es la preclara conciencia de Descartes, sino los anhelos inconscientes de la libido, pero la libido es, sin embargo, un principio espiritual. Nadie es menos materialista (según la acepción del siglo XIX) que Freud. Solo, libra la dura batalla por una psiquiatría puramente psicológica en contra de quienes consideran que la locura es una especie de trastorno orgánico. Tomando en cuenta el concepto francés de espiritualidad, no es sorprendente que el psicoanálisis haya tenido pocos adeptos en Francia. Es totalmente contrario a las más profundas convicciones del alma francesa.

El psicoanálisis no es la única expresión del concepto que tienen los alemanes de espiritualidad. Se pueden encontrar muchas manifestaciones de ese concepto en las llamadas “filosofías de la vida” que tanto se han multiplicado en Alemania. Nietzsche, Simmel, Dilthey, Scheler y últimamente, la “filosofía existencial” de Heidegger, son diversas formas del ideal de espiritualidad de los alemanes. Actualmente, ejerce una influencia extraordinariamente poderosa en la juventud universitaria. Heidegger, al hablar de la “realidad espiritual”, ya no utiliza la palabra “conciencia”, sino “existencia” (de allí el nombre de su filosofía “existencialista”), dado que quiere realzar lo concreto y lo dramático del alma.

Es inevitable notar que los partidos políticos extremistas, tan poderosos actualmente en Alemania, admiran ese concepto de la espiritualidad. No se fían de la razón, porque contradice su propia vitalidad; no obedecen a la razón que dice “sí”, cuando toda su existencia grita “no”. Los alemanes creen que el dolor es más real que la razón, que intenta sofocar el dolor; creen que la verdad no es una contemplación objetiva de ideas eternas, sino el horrendo grito de una existencia que lucha por ella misma. Es fácil perderse, des-

equilibrarse cuando uno cree estar oyendo una voz mística en las profundidades de su alma. Es cierto que esto no es sino una desviación del ideal alemán, pero es interesante subrayar que, incluso en sus errores, ese ideal es completamente opuesto a las caídas y los pecados en el alma de un francés.

3. En un libro que irradia el resplandor de un genio — que junto a la obra de Marcel Proust en Francia se ha convertido en el mayor acontecimiento literario contemporáneo—, la novela de Thomas Mann, *Zauberberg* [La montaña mágica], encontramos la viva personificación de los conceptos arriba esbozados.

La montaña mágica —*Zauberberg*— es Davos, la ciudad de los tísicos, lugar de enfermedad y muerte. Pero, en los sanatorios de Davos, la muerte a menudo tarda en venir; se hace esperar. Hay tiempo para vivir un poco más, bromear, divertirse. En las diversiones es posible olvidarla temporalmente. Tampoco está desterrada de esta vida la esperanza. Sin embargo, uno se cruza diariamente con la muerte cuando agoniza y muere el vecino, ante la destrucción de su propio cuerpo, la fiebre que no remite y cuyo curso el termómetro mide varias veces al día.

Al escoger Davos para situar su novela, Thomas Mann logró un grandioso efecto literario. El aire de Davos produce una atmósfera pesada, en la que nos golpeamos contra nuestro propio destino, nosotros, los destinados a morir. En el valle se olvida que habrá que morir, pero allí, en la montaña, la muerte no es un ente abstracto. Allí toca a menudo cruzarse con ella, medir en el propio cuerpo su progreso y observar si se aleja o se acerca. De esa manera, el cuerpo se interna en un espacio de angustia ante la presencia de la muerte —manifiesta u oculta—, pero que continuamente arropa hasta las más despreocupadas diversiones de los enfermos. Los enfermos conocen bien el estado de sus respectivos cuerpos y cualquier cambio, por mínimo que sea, se refleja en su psicología. Su vida interior, íntimamente ligada a su cuerpo, no se eleva, pero en vez de dismi-

nuirse y volverse insignificante, se extiende, se profundiza y adquiere un alto grado de espiritualidad. Allí la gente se sumerge con una enfermiza complacencia en la vida biológica; allí, en la montaña, la enfermedad —y en el concepto de Thomas Mann ese es el papel de la enfermedad en el libro— realza la vida biológica, impide olvidarla como les está permitido olvidar a la gente sana en el valle. Esa vida biológica —y allí radica la originalidad de la obra— amarra al hombre a la muerte y simultáneamente a la fuente misma de la espiritualidad. En la emanación de la muerte se forma la atmósfera metafísica. El espíritu palpable que brota de la enfermedad se adentra en los principales problemas que afectan el pensamiento de la persona. Estos problemas nacen, crecen, se vinculan cada vez más a la vida concreta del cuerpo, a la vida condenada a morir. De allí que esa existencia biológica no posea nada en común con la materia sin vida del materialismo tradicional. Coincide plenamente con el concepto alemán de espiritualidad que aquí brevemente esbozamos.

Comprendemos entonces la trama que se profundiza y se extiende a lo largo de las dos mil páginas de la novela. Hans Castorp, joven ingeniero, de una familia burguesa de Hamburgo, viaja a Davos a visitar a su primo enfermo, el joven oficial Joachim Ziemssen. Desde el mismo día de su llegada se siente extrañamente impregnado por la atmósfera de Davos, que lo atrae y lo repele a la vez. Confusamente presiente cuántos placeres espirituales le promete y a la vez la teme como si fuera un pecado. Pero su evolución es rápida. Inconscientemente —y por eso, quizás aún más profundamente— desea la enfermedad que transfigura y permite tocar las profundidades de la existencia. Y al mismo tiempo que una paciente rusa, Claudia Chauchat, ejerce sobre él una atracción misteriosa, junto con el amor le llega la enfermedad. Una vez tuberculoso se queda en Davos por largos años que deja de percibir, porque, en la montaña mágica, el tiempo se inmoviliza entre las nieves eternas.

Claudia Chauchat, cuya presencia física Thomas Mann describe con todo detalle, no es una mujer de figura clásica.

sica. Su belleza es inarmónica, sus movimientos bruscos, pero también ella está enferma. El amor de Castorp es totalmente diferente del amor que conocen los habitantes del valle, que viven sin entrar en contacto con los abismos de su propia existencia y ordenan sus sentimientos conforme a las normas. El amor de Castorp no está basado en la estética clásica o el ideal platónico de una belleza armoniosa. No es la búsqueda epicúrea, no es el anhelo de sensaciones ciegas. Su amor por Claudia Chauchat es más bien como el veneno que emana de algo que se está pudriendo, que al brotar de los pulmones, impregna todo el cuerpo.

Ese amor a través de la enfermedad y por la enfermedad es la verdadera flor que nace del clima de Davos, quizás la más bella. La invención literaria de Thomas Mann es la formación espiritual de Castorp, el estudio de sus valores espirituales no a través de las ciencias humanas, los idiomas y la literatura griega o romana, sino el del amor y la enfermedad. La ciencia que lo atrae y le parece ser la más pedagógica es la anatomía, la fisiología. ¡Esas son las ciencias humanas! En esta aseveración se expresa toda la paradoja del concepto alemán de espiritualidad. Y cuando al final del primer tomo, Castorp se dirige por primera vez a Claudia y le habla de su amor, Thomas Mann alcanza un inédito efecto poético. Para describir la extraña belleza de Claudia, Castorp utiliza términos anatómicos técnicos. Enumera, como en un éxtasis de alucinación, todas las sustancias orgánicas de las que está compuesta. El misterio cartesiano de la unión del cuerpo con el alma se percibe aquí como una verdad primigenia, se le comprende a través del surgimiento del amor, amor biológico y metafísico. El alma de la amada se llega a conocer en toda la embriagadora profundidad del espíritu, en el instante en que Castorp habla en un lenguaje científico biológico.

Castorp conoce el amor de Claudia una noche, porque al día siguiente ella abandona la montaña. Castorp sigue enfermo, continúa amándola y, mientras espera su regreso, prosigue la educación de su espíritu. Ella regresa. Le acompaña un ser extraordinario. La aparición de este per-

sonaje es el punto culminante de la obra. Ese hombre es el holandés Mynheer Peeperkorn. Un hombre corpulento, de buen comer, buen beber y jovial. Para él, las experiencias emocionales y sensoriales están por encima de todo y su ausencia en una persona débil le parece, como el mismo dice, una especie de catástrofe cósmica. Habla en monosílabos y sus frases son incoherentes. Parece que no piense. Si “la dignidad del hombre está en su pensamiento”, ¿es Peeperkorn un hombre?

¡Ahí radica la paradoja! Ese enorme organismo, ese cuerpo gigantesco, dedicado a los sentidos y a la lujuria es el individuo verdadero. Reina en la montaña y su silencio ahoga las conversaciones inteligentes de los demás habitantes. Esas conversaciones lucen vacías y necias ante la majestad de ese cuerpo magnífico, que sabe sentir y vivir. Ese hombre es el afortunado rival de Castorp, pero Castorp se siente casi feliz al renunciar a Claudia y reconocer, junto con los demás habitantes de la montaña, el dominio de esa fuerza orgánica. Disfruta sumergiéndose en la oscura fuerza de Peeperkorn. Aquella fuerza —y esto es importante al considerar el tema—, no es la fuerza de la materia bruta de los materialistas ni la fuerza de la naturaleza de los panteístas: es el poder de la espiritualidad pura en el hombre, como la imaginan los alemanes, vinculándola a lo orgánico. En la novela hay una escena característica. Los habitantes de la montaña mágica van a visitar unas cataratas. De lejos se oye la ensordecedora caída del agua que dificulta la conversación. Pero Peeperkorn sigue hablando, en monosílabos sin sentido. Todos lo miran, lo escuchan. Ofusca la majestuosidad impersonal de la naturaleza. Su reinado no pertenece al mundo de las fuerzas panteístas de la naturaleza.

Tres personas intentan enfrentarse a la hipnosis de la montaña y al poder de Peeperkorn. Una es el oficial prusiano, el primo de Kastorp, Joaquim Ziemsen. Le repugna ese hálito a podredumbre. Sueña con curarse pronto y servir en el valle. Personifica la disciplina guerrera de los militaristas alemanes y está en los antípodas de Castorp, quien se deleita apegado a las peligrosas y envenenadas profundidades.

Quizás Thomas Mann quiere mostrar el significado filosófico del espíritu militarista prusiano. Esa disciplina militar se necesita no tanto para conquistar el mundo, como para domar el demonio agazapado en el alma de los alemanes. El alemán conoce el poder de ese demonio incontrolable y cree que en la lucha para vencerlo, la razón podrá menos que la fuerza física de una estricta disciplina. La espiritualidad que inspira a Joaquim Ziemsen no es sino el reverso de la espiritualidad que embriaga a Hans Castorp.

Otras dos almas luchan contra el espíritu de la montaña mágica. Por un lado, la tradición judeo-cristiana; por otro —lo cual es especialmente interesante para el presente estudio— la civilización latino francesa. El representante de la primera es el judío Naphta, un converso al cristianismo que ha ingresado en la orden jesuita. Lucha no solo contra la magia de la montaña, oponiéndole la disciplina de la Iglesia, sino con mayor fuerza aún, contra la cultura latina de los franceses, todavía más detestada. Esta última está representada por un francmasón, el periodista italiano Settembrini, cuya disciplina es la de la razón. Verdadero discípulo de Descartes, venera las ideas puras, cree que la razón puede dominar el cuerpo, no otorga importancia a la significación de la enfermedad biológica y social y considera que se le debe vencer utilizando la lucidez de una mente clara.

La interminable dialéctica entre el jesuita Naphta y el francmasón Settembrini forma el marco de la novela de Thomas Mann. Ambos quieren salvar a Castorp, arrancarlo a las tentaciones de la montaña mágica, pero su lucha por él es también una lucha entre ellos mismos. Castorp les confiesa abiertamente que en comparación con Peepekorn, sus discusiones, aunque muy ingeniosas, le parecen cómicas y sin sentido. “Confesemos que podría fácilmente meternos a todos en su bolsillo”, les dice Castorp.

Parece en esta novela, que es pedagógica en el máximo sentido de la palabra, que Thomas Mann no ha logrado liberarse plenamente de la influencia de la montaña mágica. Conoce los caminos de la salvación de Naphta, Settembrini, Joaquim Ziemsen, pero no los recorre, no cree en ellos.

Ziensen muere. Settembrini se expresa a menudo en Thomas Mann como una feroz caricatura de la cultura francesa.

No nos toca a nosotros decir, en este estudio comparativo de la cultura de los franceses y la de los alemanes, cuál noción de espiritualidad es más perfecta. Cada concepto posee su propia nobleza y también puede degenerar hacia formas cómicas o peligrosas. Y lo hace a veces, se degenera para el disfrute de los literatos de salón, que juegan con las antítesis superficiales del “gracioso francés” y el “pesado alemán”, con gran satisfacción de los oradores de cafés, que toman el juego en serio y lo transforman en filosofía.

5.

MI DESCUBRIMIENTO DE EMMANUEL LÉVINAS<sup>1</sup>

**Andrius Valevičius**

Crecí en la diáspora lituana de Canadá. Inicé mis estudios de filosofía en Toronto en 1975. Muchos eran los pensadores europeos incluidos en el programa de estudios de la Universidad de Toronto, pero durante los años que pasé allí nunca oí el nombre de Emmanuel Lévinas. Probablemente era todavía muy poco conocido en el mundo anglosajón.

En 1977 me mudé a Roma, donde viví dos años en el *Collegio Lituano*. Es allí donde empecé a estudiar seriamente la cultura e historia de Lituania. Me familiaricé con la obra de Antanas Maceina, el principal filósofo lituano del siglo XX. Sin embargo, durante esos dos años en Roma tampoco oí pronunciar el nombre de Emmanuel Lévinas. Estando en

---

<sup>1</sup> Traducción del lituano de Jurate Rosales. A petición de Nexofia, el filósofo canadiense de origen lituano Andrius Valevičius, autor de *From the Other to the Totally Other*, accedió a compartir los recuerdos de sus contactos personales con Emmanuel Lévinas, con quien solía conversar en lituano, idioma que, según Valevičius, Lévinas dominaba a la perfección.



Roma visité dos veces Lituania, primero en 1977, luego en 1979. Conocí allí a diversos intelectuales, escritores y filósofos, pero ni una sola vez oí hablar de Emmanuel Lévinas. Hasta entonces ni siquiera sabía que existía.

En 1981 me encontraba en Munich preparando mi licenciatura de filosofía en la *Hochschule für Philosophie*. Estaba inscrito en el curso de antropología filosófica del profesor Gerd Häffner. Fue en sus clases donde oí por primera vez mencionar a Emmanuel Lévinas, un “fenomenólogo francés” oriundo de Lituania. El profesor mencionaba a Lévinas en su libro *Philosophische Anthropologie*. Esto despertó mi interés y me incitó a saber más. Empecé a buscar libros sobre Lévinas. La mayoría de ellos estaba escrita en francés y mis conocimientos de francés en esa época eran limitados. Algunos habían sido traducidos al inglés, entre ellos *Totalidad e infinito*. Empecé a leerlos y comprendí que estaba descubriendo a un autor muy importante. En esa época, temas como la fenomenología husserliana y la ontología heideggeriana estaban todavía muy de moda. Lo que más me impresionó fue la vasta imaginación del autor que yo descubría: los infinitos análisis y ejemplos que Lévinas tomaba de la vida diaria a medida que construía sus argumentos fenomenológicos. Al igual que a muchos otros lectores de Lévinas, me impresionó su insistencia en el Otro. Era algo nuevo, inaudito en la filosofía que yo conocía y que se fundamentaba en el Yo. La filosofía trata siempre de uno mismo, del Yo, lo que Yo pueda conocer, lo que Yo pueda percibir, lo que Yo considero importante, lo que tiene sentido para Mí, etc. Aquí aparecía alguien cuya reflexión filosófica tomaba como punto de partida no a sí mismo sino al Otro.

Más adelante, viví casi un año en Chicago, donde reside una numerosa comunidad lituana. En aquella época Chicago se había convertido en el centro del pensamiento libre de la sociedad lituana, porque Lituania misma todavía pertenecía a la Unión Soviética y no se le permitía demasiada libertad de expresión. En Chicago asistí a seminarios y conferencias sobre cultura, historia, literatura y filosofía

lituanas. Aprendí sobre filósofos lituanos vivos y muertos, como el ya mencionado Antanas Maceina y Juozas Grinius. No oí nunca el nombre de Emmanuel Lévinas. Sin embargo, seguí leyendo a Lévinas, buscando saber siempre más acerca de ese enigmático personaje.

En otoño de 1983, había regresado a Canadá y me inscribí en el programa de Maestría en Filosofía de la Universidad McGill, en Montreal. Decidí que el tema de mi tesis sería la filosofía de Emmanuel Lévinas. El departamento de filosofía en McGill estaba mayoritariamente compuesto por filósofos analíticos, así que no hubo mucho entusiasmo por el tema, pero se me permitió continuar si encontraba a un profesor dispuesto a ser mi tutor. El profesor Charles Taylor del Departamento de Ciencias Políticas amablemente aceptó. En dos años, mi tesis estaba escrita y mi *Magister* otorgado. Mi tesis se convirtió luego en mi libro *From the Other to the Totally Other*, publicado por Peter Lang Publishing House en Nueva York.

Fue durante mi tiempo en la Universidad McGill cuando pude realmente profundizar en mis conocimientos sobre Lévinas y también fue entonces cuando llegué a conocerlo personalmente. Ya he dicho que no había entonces mucho interés por Lévinas en McGill. Sin embargo, unos años antes, en esa misma universidad de McGill se había celebrado una importante conferencia internacional sobre Lévinas, patrocinada sorprendentemente por la Facultad de Derecho. Estando en McGill procuré conseguir la dirección de Lévinas; era antes de los días de Internet. Al obtenerla, le escribí en lituano y envié la carta a París. No sabía si la recibiría, ni si respondería, tampoco sabía si la comprendería. Simplemente pensé que esa sería la prueba decisiva para saber si era o no lituano.

Para mi gran alegría, Lévinas me respondió en perfecto lituano. Obviamente esa era la primera carta en lituano que había recibido en décadas. No había estado en Lituania en cuarenta y cinco años, pero su dominio del idioma era perfecto y quedaba claro que había comprendido todo lo que le había escrito. De por sí eso ya era asombroso y

más tarde dejaría estupefactas a muchas personas que no tenían idea que Lévinas hablara el lituano. Después de ese primer contacto epistolario, pude conocer a Emmanuel Lévinas personalmente por primera vez en Ottawa, en 1983. La Universidad de Ottawa había organizado una conferencia sobre Paul Ricoeur a la que asistía el propio Ricoeur. El profesor Ricoeur “trajo”, según sus propias palabras, a su buen amigo Emmanuel Lévinas. El profesor Lévinas dio una conferencia. Me impresionó ver que no leyó su discurso apoyándose en un texto limpio, mecanografiado, como suele hacerse, sino en unos papeles escritos a mano con gruesa tinta azul. Después, me invitó a visitarle para conversar en su cuarto de hotel al día siguiente.

Fue en su hotel donde tuve mi primera conversación con Emmanuel Lévinas y le conté que estaba escribiendo mi tesis doctoral sobre su filosofía. Su primera reacción fue intentar disuadirme. Me dijo que sería mucho más beneficioso para mi educación y mi cultura filosófica en general escribir sobre algún filósofo clásico, Kant, por ejemplo. Dijo que aprendería mucho más de esa manera. Yo insistí en que quería escribir mi tesis acerca de su pensamiento. Sabía que él tenía probablemente razón, pero me sentía orgulloso de Lévinas, por ser él oriundo del país de mis padres y de mis antepasados, de Lituania, y es a él a quien quería hacer conocer en el mundo angloparlante. En aquella época, solo en Francia lo conocían realmente. En Lituania casi nadie sabía de él, nadie parecía haberse interesado por él. A pesar de todo, me pareció que había dado muestra de un verdadero rasgo de humildad, al intentar animarme a trabajar sobre un autor clásico.

¿Cuál fue mi primera impresión del profesor Lévinas? Lo primero que me impactó fue que era un hombre muy sereno, lo cual más bien no se esperaría de alguien que había estado en un campo de concentración. Ningún gesto nervioso, ninguna amargura. Debía de tener unos 75 años, pero parecía un hombre en buen estado de salud, fuerte y enérgico. También había algo muy amable en él.

Ví por segunda vez a Lévinas unos años más tarde, en su

apartamento de París, cerca del Bois de Boulogne. Recuerdo haber subido la escalera del inmueble donde vivía. Su esposa me recibió en la puerta, me invitó a entrar y llamó a su marido. Luego pasó a otra habitación, de donde regresó más tarde con pastelitos y café. Parecía ser una mujer muy discreta, de mirada sumamente bondadosa. También entonces hablamos con Lévinas de su vida y su trabajo. Me sentí algo turbado ante lo modesto de su vivienda, acostumbrado como estaba a ver a los profesores en Norteamérica instalados en amplias casas suburbanas. Vi un viejo escritorio, no muy grande, en un rincón de la pieza y pregunté si era allí donde escribía sus libros y me dijo que sí. Era muy sorprendente. Me pareció asombroso. Inmediatamente sentí una profunda simpatía por ese gran hombre.

Durante ese segundo encuentro, le hice al profesor Lévinas varias preguntas técnicas referentes a su trabajo, porque en ese entonces ya había adelantado bastante mis lecturas. Me fue ayudando con sugerencias. Me contó cuánto les debía a los clásicos rusos, sobre todo a Dostoyevski. Desarrollé ese tema en mi libro *From the Other to the Totally Other*, también en el anexo a mi traducción al inglés de su artículo lituano publicado en la *Continental Philosophy Review*.

En esa conversación me dijo que había escrito una vez un artículo en lituano, pero ya no lograba encontrarlo y no recordaba el nombre de la revista que lo había publicado. Relaté este hecho en la *Continental Philosophy Review* (vol. 31, no.1, 1998). Me tomó diez años de búsqueda dar con el artículo. Lo busqué por vía de préstamos entre bibliotecas, cartas a libreros y coleccionistas, acudí a todos los sitios imaginables. Al cabo logré averiguar el nombre de la revista, *Vairas*, pero me fue imposible ubicarla. Luego, durante un viaje a Lituania en 1994, entré un día a la sala de lectura de la Universidad de Vilnius, miré el estante de revistas lituanas anteriores a la guerra y allí estaba, ¡justo delante de mí!, una edición del año 1933 de la revista *Vairas*. ¡Era increíble! Había permanecido en ese estante más de 60 años. Sobrevivió a la II Guerra Mundial, la ocu-

pación nazi y la ocupación soviética. Estoy seguro de que nadie la había tocado en todos esos años, pero también era asombroso que nunca fuera retirada del estante. La traducción que hice del artículo de Lévinas al idioma inglés y mi *Afterward* serían la prueba ante el mundo que Emmanuel Lévinas había sido verdaderamente, en sus más profundas raíces, un filósofo lituano antes de ser un filósofo francés.

De modo que ¿a qué se debe que durante tanto tiempo la obra de Emmanuel Lévinas haya permanecido ignorada en Lituania? Temo que la respuesta tenga que ver con prejuicios e ignorancia. Con la perspectiva lituana, Lévinas nunca fue considerado lituano, sino judío. En la Lituania de preguerra, ser judío se concebía como otra nacionalidad. Si no me equivoco, el pasaporte lituano de la preguerra rezaba: *Ciudadanía, lituana; nacionalidad, judía*. En una Lituania imbuida de fuertes influjos culturales nacionalistas y católicos, que surgieron, como en muchos otros países europeos, hacia finales del siglo XIX y duraron casi hasta la desintegración de la Unión Soviética, la historia de los judíos de Lituania no le interesaba a nadie. Esto es muy triste. Imagínese la cultura alemana descartando a Sigmund Freud porque era judío. También es muy extraño que la cultura judía haya permanecido tanto tiempo pasada por alto considerando lo importante que fue para Lituania. Los judíos han tenido en Lituania una larga historia que data del medioevo. El Gran Duque Vytautas los invitó a Lituania en el siglo XIV para que desarrollaran la banca y el comercio y les otorgó los mismos derechos que a los nobles. Los judíos crearon allí su propio estilo de judaísmo, el cual produjo grandes pensadores como Solomon Maimon, contemporáneo de Kant, y también el insigne estudioso del Talmud conocido como el Gaon de Vilnius. Era una forma de judaísmo sumamente culta y progresista. Podríamos decir que fue esa rica tradición la que también nos dio a Lévinas. Desgraciadamente, en vez de ser considerada un elemento de la historia y cultura de Lituania digno de orgullo, esa tradición quedó básicamente ignorada por la corriente dominante de los pensadores lituanos.

Recuerdo que una vez, en Chicago, en la década de los 80, me encontraba en un acontecimiento cultural lituano y se me acercó una de las presentes preguntándome por qué le dedicaba tanto tiempo a escribir sobre judíos, cuando había tantos pensadores lituanos dignos de estudio. No daba crédito a mis oídos. Sin embargo, para no ser injusto con el país y su pueblo, debo agregar que parte de la ignorancia de la cultura e historia de los judíos lituanos proviene del sistema soviético. Lituania fue parte de la Unión Soviética casi 50 años, desde 1944 hasta su separación en 1991. Durante ese tiempo, todo lo relacionado con cualquier clase de cultura religiosa, fuese católica, ortodoxa, judía o musulmana, fue simplemente obliterado e incluso sujeto a persecución. Esto retrasó el progreso en todos estos países por muchos años.

Felizmente, los tiempos han cambiado. Hoy, en la propia Lituania y en los círculos lituanos en el exterior, hay interés por la cultura judeo-lituana. Hay un museo judío en Vilnius. En 2006, se celebró en la Universidad de Vilnius una conferencia internacional sobre Emmanuel Lévinas. Se siente orgullo de que Emmanuel Lévinas sea oriundo de Lituania y se ha renovado el interés por los filósofos y eruditos judíos.

Si con mi descubrimiento del texto lituano de Lévinas y su traducción contribuí a romper prejuicios y unir a la gente, y si pude cooperar a un mayor conocimiento de Lévinas dentro y fuera de Lituania, he de sentirme feliz.

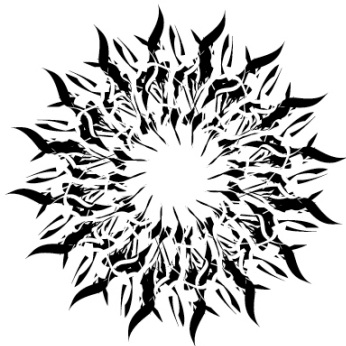


Este libro electrónico se acabó de diseñar y componer en noviembre del 2012 con el programa Adobe Indesign CS2, del que se creó este documento PDF.

El tipo usado es Georgia y los cuerpos son 10 (para el texto normal), 22, 18, 14 y 8.

Este documento no está elaborado para servir de maqueta a un libro que haya de editarse en papel y encuadernarse; a ello se deben las medidas, nada ortodoxas, de los márgenes.

Sus dimensiones reales son 113 mm de ancho y 182,8 mm de alto. Tales medidas guardan la proporción áurea.





Nexofia



la torre del Virrey